



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

El cansancio de las cosas

Juan Antonio de Jesús Restrepo González

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2022

El cansancio de las cosas

Juan Antonio de Jesús Restrepo González

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magíster en Escrituras Creativas

Director:
Jaime Echeverri Jaramillo

Línea de Investigación:
Narrativa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá D.C., Colombia
2022

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Juan Antonio de Jesús Restrepo González

Fecha 07/01/2022

Resumen

El cansancio de las cosas es una novela que explora la relación entre las personas y los objetos, y les devuelve la mirada a las cosas al asumirlas y narrarlas con vida propia. Desde diferentes perspectivas y géneros narrativos como la carta, el fragmento y el cuento, se hila esta historia que indaga los problemas de la posesión y la propiedad privada.

Miranda, la protagonista, se muda de la casa de sus padres al apartamento de su amigo Juan. Allí convive, sin notarlo, con objetos que se mueven, se reacomodan y huyen. A la par, la ciudad entra en una paranoia colectiva por la pérdida de las cosas. Las ventanas se enrejan y aumenta la vigilancia. Al final, nada puede retener a los objetos y estos se van.

Palabras clave: Escrituras Creativas, Novela, Narrativa, Escritura, Ficción.

Abstract

The Weariness of Things is a novel which explores the relationship between people and objects, and it confers back the sight to things by assuming and narrating them with a life of their own. Taking on different perspectives and narrative genres such as the letter, the fragment, and the tale, this story that examines the problems of possession and private property is strung together.

Miranda, the protagonist, moves away from her parents' house into the apartment of her friend Juan. There she coexists, without noticing, with objects that move, rearrange, and run away. Hand in hand, the entire city enters into collective paranoia due to the sudden loss of objects. The windows are barred, and the vigilance increases. At the end, nothing can restrain the objects and these break out.

Keywords: Creative Writing, Novel, Narrative, Writing, Fiction.

Contenido

	Pág.
Resumen	V
Abstract	VI
Escribir para vivir mejor	1
1. No quiero ser un escritor, pero sí quiero escribir	1
2. La novela como un ejercicio y aquello que aprendí.....	5
3. Manifiesto para cocinar, caminar y escribir en conjunto	8
4. La importancia de la amistad y del amor	9
5. Breve bibliografía.....	10
El cansancio de las cosas	11
1.....	12
2.....	27
3.....	37
5.....	56
6.....	67

ESCRIBIR PARA VIVIR MEJOR

1. No quiero ser un escritor, pero sí quiero escribir

Yo nunca tuve anhelos

de motorización

Fabio Morabito, “Ars poetica”

*Mi hija quiere ser segundo violín. No primero ni solista,
ella lo que quiere es tocar tranquila en un segundo plano,
porque eso le hace feliz.*

Carolina Vázquez, “La felicidad del segundo violín”

“La persona que escribe vive mejor” dice Neus Arqués en su libro *Curso de escritura para mujeres muy ocupadas* (2018). Lo compré hace poco y lo compré por esa frase. Pues en esas seis palabras se resume toda mi poética. Yo escribo para vivir mejor, para estar saludable, para entenderme, para cuestionarme, para saber un poco más, para afinar mis lentes críticos como lector, para divertirme y para crear vínculos resistentes con quienes me rodean, amistades viejas, recientes y por hacer.

Para mí, escribir —y me refiero a mi escritura y no a la escritura en general— es como ir al gimnasio siendo literato. No es la experiencia de Murakami, la disciplina, escribir y correr. En mis años como estudiante de pregrado fui al gimnasio para no engordar de más, pasar un buen rato con mis amigos y contrarrestar los males del cigarrillo. Nunca entrené para entrar a la cantera de un equipo de fútbol y ser nombrado deportista revelación ni, mucho menos, para ganar una maratón. Lo hice todo por salud y amistad.

Pero, no siempre fue así. Mis primeras incursiones al mundo de lo escrito fueron un fracaso. Intentos solitarios por crear grandes obras. Horas encerrado en mi cuarto, plagios descarados a los textos que yo leía y diarios llenos de ideas obvias y clichés. Deseé ser un escritor con éxito instantáneo, un niño prodigio. No terminé de escribir ningún relato ni poema de los que me propuse, ni tuve una idea que yo sintiera como propia y original. Además, me llené de frustración al ver que las librerías se llenaban con libros nuevos cada mes, sin yo ser capaz de escribir. Imagino que si hubiera querido ser futbolista, me habría

frustrado ver que muchos de mis compañeros corrían más rápido que yo, pateaban más fuerte y se entendían en la cancha mejor con los demás.

Mis cuadernos y diarios decían cosas como “Qué difícil es escribir, qué duro para el corazón. Las ideas reales son alérgicas al papel” o “En mi cabeza está lo inexpresable y no puedo decir más”. Y les comentaba a las personas que conocía que era un escritor. Pero cuando me preguntaban si los dejaba leer mis textos, yo me cerraba y escondía mis cuadernos como si fueran manuscritos originales, invaluable y vitales para la humanidad. Menos mal, ya tiré todo eso, tanto los cuadernos como la actitud. Ahora solo recuerdo con risa que al salir del colegio iba a un café cercano, tomaba notas, me forzaba a los sabores amargos del tinto (escondidos bajo mucho azúcar) y posaba como un ser misterioso al que se admiraba por su pasión intelectual. Tenía catorce años y leía bastante. Sin embargo, no sabía que significaría para mí ser una persona que escribe.

Terminé mis primeros cuentos a los quince. Me pidieron que contara historias de terror en un campamento en el que estaría con varios amigos y eso me emocionó. Escribí tres días seguidos y corregí los borradores con esmero. Me impulsaba la idea de compartir, pues el público estaría lleno de personas que quería. Revisé cada palabra y me preparé para contarlos. Eran historias simples, con perros rabiosos y jóvenes desaparecidos. Luego de esa noche, me di cuenta de que sí quería escribir, pero no quería ser un escritor. Junto a una amiga, que compartió ese campamento conmigo, hice varios cuentos más. Nos pusimos tareas, retos y ejercicios y así emprendimos un camino hacia una escritura más personal.

Un año después empecé a escribir cartas. Una compañera del colegio muy cercana, con quien comparto el gusto por las letras, se mudó a París. Por eso, nos tocó continuar por correspondencia nuestras conversaciones sobre literatura y nuestros proyectos personales. La fuerza vital que sentí al teclear esos textos solo se compara con la emoción que tuve cuando compuse los cuentos para la fogata. Había días en que llegaba apurado a mi casa, con las palabras urgentes, y me tiraba sobre cualquier mesa a dejarlas. Eran cartas veloces y viscerales en las que escudriñé paisajes, textos y a mí mismo. Cartas que despertaban más cartas. Respuesta tras respuesta que no se asemejaban en nada a la sensación de chatear. Escritos para ser completamente sinceros y compartir.

He de aclarar, en este punto, que los escritos y las cartas no estaban atravesadas por el coqueteo. Ese tipo de textos vino mucho tiempo después. La sensación que sentía era de verdadera amistad. Desde entonces he empezado decenas de correspondencias con mis amistades, desconocidos y personas a las que quiero conocer. Escribo feliz. Y es curioso, porque cada que me siento listo y vuelvo a intentar un proyecto de escritura privado, de cuento, poesía o novela para publicar, fracaso. Lo mío, pienso ahora, no es la escritura solitaria. Es, en cambio, una escritura compartida, una escritura para quienes amo, una escritura que atrae más escritura y una escritura para entender el amor.

Hace algunos años, descubrí los talleres de creación literaria¹. Al igual que en las cartas o en esos primeros cuentos escritos para compartir en una fogata, en estos espacios me encontré con una fuerza vital que me impulsó a escribir.

Recuerdo que en el primer taller tuvimos que presentarnos mediante versos. Nos pusieron ejercicios complicados y nos dieron herramientas de composición. Discutimos perspectivas y compartimos resultados. En especial, me enriqueció ver las formas en que las personas que me acompañaron hicieron los mismos ejercicios que yo. Pues, así, se me abrió un mundo de posibilidades. Luego, yo ponía en práctica lo aprendido en una carta o en un poema que regalaría.

La fogata, las cartas y los talleres son mi forma de escribir. Para mí, la escritura es vinculación y comunidad. Me interesa escribir junto a otras personas y pensar en conjunto. Creo, como Alex Phelby (2016), que el mito de la soledad del escritor es supremamente dañino y mina una posible renovación literaria por fuera de las dinámicas del mercado, así como afecta los programas académicos de escritura y creación. Mi búsqueda es para mejorar como persona y, puesto de forma muy conservadora, para ser más virtuoso, en un

¹ Comprendí, desde mi experiencia, que los talleres son espacios para compartir con personas venidas de los lugares más insospechados; son espacios en donde se exploran diferentes problemas. En ellos, las personas se aconsejan y retroalimentan mutuamente, y la ansiedad de la publicación desaparece por completo. Son lugares en los que importa más el ejercicio y el aprendizaje que el producto; en pocas palabras, son gimnasios especializados en clases grupales y colaborativas para escribir. De allí importa salir un poco más inteligente, un poco más sano y un poco mejores.

sentido aristotélico. Escribo para darles un regalo a mis amigos y para regalarles algo a quienes a veces comparten conmigo en algún taller o correspondencia o salida a acampar.

Y esa es la misma razón por la que me inscribí a la maestría y emprendí mi proyecto de novela. No busco convertirme en un escritor, publicar o ganar renombre. Busco formarme en una escritura diferente a la que es promovida por las dinámicas del mercado y las editoriales multinacionales; una escritura que dude del mito de la soledad del escritor; una escritura más personal y comunitaria; una escritura que pueda fallar libremente; una escritura exploratoria y juguetona que, a decir verdad, no se puede practicar en el aislamiento de un estudio porque necesita de los espacios colectivos que abren las academias, las bibliotecas y demás espacios culturales. Busco un lugar en el que se escriba con el fin de explorar la escritura. Un espacio abierto a múltiples voces y posibilidades, así como a la escucha y la retroalimentación.

No me parece mal escribir solo. Al contrario, muchos lo siguen haciendo y eso está bien. Pero, no ofrece el panorama amplio que dan los talleres y la amistad. No quiero encerrarme en un estudio a escribir. Quiero experimentar los talleres de forma profunda, explorar diferentes perspectivas de escritura mediante ejercicios de creación constante, ver cómo se preparan y se dan las sesiones de clase, hacer talleres de creación de personajes, hacer talleres de versificación, entender de qué manera se retroalimenta un texto, qué se le dice a quién nos acompaña para mejorar y ver cómo, poco a poco, todas estas actividades enriquecen la escritura y dan, a quien las hace, una perspectiva más amplia sobre el mundo y sobre sí mismo.

Este proceso es contraproducente. Pues produce más hojas perdidas que logros literarios. Es más, puede no producir logros literarios. Sin embargo, el enriquecimiento personal es enorme, la academia dejó de ansiar hace mucho los logros literarios comerciales y el canon, y los *Best Sellers* solo son buscados por grandes editoriales. ¿Qué importa si el texto será exitoso? Importa que la exploración lo sea. Igual, los caminos del aprendizaje llevan a los descubrimientos.

Recuerdo que durante una de sus clases, la profesora y escritora Carolina Sanín nos dijo que el punto de sus talleres, así como de la lectura y los ejercicios de escritura, era que todos saliéramos un poco más inteligentes, un poco más sabios, un poco más sensibles y, al final, mejores personas. En ese sentido, dijo después, toda la literatura es de autoayuda.

Desde *Antígona* hasta *El Quijote*. Por eso la importancia de los grandes libros, así como de nuestros ejercicios y de las nuevas formas de escritura que se dan hoy. Yo creo que al referirse a toda la literatura, hablaba tanto de la lectura, como del ejercicio total que incluye leer, escribir, charlar, corregir, presentarse en coloquios, tomar clases y cursos, y hasta publicar.

Vuelvo e insisto en que en escribir por escribir, sin el peso de la publicación, sino por el hecho de hacerlo y salir mejor, hay una fuerza vital que antes jamás había experimentado.

A manera de cierre diré lo siguiente: no quiero publicar y me tortura saber que tendré que hacerlo. Quiero ser un instructor en un gimnasio de escritura, un académico y un tallerista. Y para eso publicar es un requisito. Es una lástima que las respuestas a mis cartas (es decir, las cartas de mis amigos) no sean prueba suficiente de que he escrito bien.

Mi búsqueda no se sostiene en la tensión que hay entre lo privado y lo público. Pues lo privado anula lo público. En cambio, me muevo en la tensión entre lo personal y lo público, lo personal y lo comunitario. Pues, allí no se anulan los polos de la vida. Al contrario, se tejen los vínculos (a través de la escritura en mi caso) entre el corazón y la comunidad.

2. La novela como un ejercicio y aquello que aprendí

Escribir esta novela fue, para mí, como ir al gimnasio. Hubo días en que estaba motivado y lleno de energía, días en que no quería continuar y días en que no escribí. Hubo momentos en los que repetí el mismo ejercicio una y otra vez para tonificar alguna parte del escrito, hubo días de clases grupales y cientos de perspectivas, y días en que estuve en frente de una máquina en completa soledad.

Así, *El cansancio de las cosas*, más que un producto, es la muestra de un proceso continuo; mi primer año de gimnasio, el comienzo en mi camino como alguien que quiere escribir.

Aquello que más me gustó del proceso fue la serie de experimentos y pruebas de diferentes formas de escritura que pude integrar. Por ejemplo, el relato de la cometa que atraviesa el tercer capítulo. Este relato se prefiguró cuando la profesora Andrea Salgado nos pidió, luego de darnos un ejemplo de un párrafo de una novela de Virginia Woolf, que nos alejáramos de la narración lo más que pudiéramos, que enfocáramos la atención en otro suceso, que variáramos el tiempo y, luego, que volviéramos al lugar de donde salimos. A eso, le llamé, narrador superpoderoso. Luego de varios intentos, allí quedó la sección de la cometa. Otro ejemplo, el relato del cuarto capítulo; un cuento dentro de la novela que narra, en primera persona, la historia de un hombre que quiere enterrarse como un faraón. Este cuento nació como el borrador de un mito para otra clase, un cuento descartado que luego pude retomar y que le dio un sentido más profundo a un personaje de la novela así como al problema que exploro, el dominio y la propiedad. Un último ejemplo, los fragmentos de poemas que intento recordar en el primer capítulo; composiciones hechas con versos de diferentes textos en los que se junta la poesía de Ginna Saraccenni y la de Fabio Morábito; Tania Ganitsky y Wislawa Zsymborska; Masaoka Shiki y Jorge Piragua entre otros.

De la misma manera, hubo páginas de exploración perdidas. Parrafadas llenas con descripciones al estilo de los escritores de la Nueva Novela; versiones en que los personajes principales eran pareja y exploraban, a la par de su relación con los objetos, qué significaba estar juntos; recuerdos sobre compras y finales alternativos en que los objetos se movían y mutaban; un prólogo pesadillesco en el que un computador cobraba vida y me cortaba las manos para no escribir más; pasajes que no llegaron al final de la novela. Hubo una colección de citas, por ejemplo. Pues, muy al comienzo de la escritura, comencé a ver el tema de los objetos y su relación con las personas en cada libro que leí. Así, recogí diez páginas de citas que luego quise integrar. Al no poder hacerlo, tuve que descartarlas. Y, sin embargo, allí aprendí. Esos ejercicios de escritura también me enriquecieron.

Insisto, es grato tener un producto. Me siento feliz de haber terminado la novela. Sin embargo, fue lo que aprendí, lo que me dejó, lo realmente valioso pues muestra la verdadera importancia de la escritura.

Enfrentarme al problema de la posesión me cuestionó por el hecho de usar posesivos y entender cuál es la diferencia entre decir: “El vaso”, “Mi vaso” y “Su vaso”. Como parte

del ejercicio, quise eliminar la mayor parte de posesivos. Si los objetos tenían vida propia, no podían ser de nadie. Sin embargo, los posesivos que se referían a las relaciones humanas como “sus padres” al hablar de los papás de Miranda, o “sus amigos”, no los pude reemplazar. Asimismo, dejé los posesivos en la mayoría de las acciones pues somos dueños de estas y somos quienes las ejecutamos. Aunque, eliminé los posesivos referidos al cuerpo, dándome cuenta de que nuestro cuerpo no nos pertenece del todo como sí lo son nuestras acciones y relaciones. Entendí, entonces, que la posesión también marca una forma de relación. Después de terminar la novela pienso que salí un poco más desapegado, más consciente de los objetos que me rodean y con una mirada más aguda frente a la relación que creo con ellos.

Por otra parte, luego de tener que estar un año obligado a tomar las clases y escribir y convivir por computador debido a la pandemia, tomé la decisión de escribir mi novela a mano. A comienzos de mayo y en pleno paro nacional, escribí a mi amiga y compañera de la maestría, Mariel, una carta en la que reflexionaba acerca de cómo habíamos perdido todo dominio sobre nuestros computadores. Estábamos en medio de un bloqueo mental y le dije “Creo, cada vez con más fuerza, que nuestro problema radica en escribir (o intentar hacerlo) en el computador, cuando, a todas luces, estos aparatos ya no son nuestros”. En la carta, me pegaba de algunas reflexiones de Han sobre la creación, la mano, el imperativo del rendimiento en el mundo neoliberal y el tiempo del ocio que aparecen en los capítulos “De la acción al tecleo” y “Del labrador al cazador” del libro *En el enjambre* (2014).

En ese libro, Han plantea que la creación (la escritura) como “el poder de hacer que comience algo completamente otro (diferente)” necesita de otro tiempo. Para él, que está leyendo a Arendt, la creación empieza “allí donde cesa por completo el trabajo. El tiempo de la musa es *otro* tiempo”. Sin embargo, en el computador es imposible que ese tiempo empiece. Más aún cuando, durante la pandemia, empezó a pertenecerles a las empresas y a la misma universidad, y nos vimos obligados a tenerlo abierto por más de diez horas al día y a trabajar en él.

En los mismos capítulos, el filósofo surcoreano insiste en la diferencia que hay entre la mano que empuña un lápiz y los dedos que teclean y se atrofian. Él afirma, como Heidegger, en que la mano es el órgano con el que se actúa y que esta se atrofia cuando empezamos a teclear. Yo creí que exageraba y, sin embargo, ahora le doy la razón. Hoy

creo que es fundamental, para el ejercicio de la escritura, el lápiz y el cuaderno pues en la relación con los trazos y la fluidez que permite el papel se puede empezar a crear. Asimismo, y gracias a haber hecho uno de los borradores de la novela a mano, entendí que el proceso de transcripción es, simultáneamente, un proceso de autoedición.

3. Manifiesto para cocinar, caminar y escribir en conjunto²

Yo me siento tan solo. ¿Acaso nadie más se siente así?

Por eso me declaro en huelga de hambre y, como la mujer de Santa Tecla, en pérdida de manos total.

Me niego a continuar con mis ideas, que son torpes, monofónicas y aburridas. Me niego al ejercicio del encierro silencioso y a las horas de la silla solitarias sin un pan. No quiero un escritorio propio y un tablero de corcho con mi voz. Me niego a preocuparme únicamente por lo mío y, luego de tres horas, desaparecer. Me niego a seguir cerrado a la amistad que jamás se propuso. En pocas palabras, me niego a cerrar mi corazón.

La verdad estoy agotado.

¿Para qué se me corrigen dos palabras?, ¿para qué se me dice que voy bien?, ¿para qué se me alienta a seguir sin señalármeme un camino?, ¿para qué se me pide un plato nuevo, si no hay receta que explorar?

Por favor, plantéenme un camino. Es más, plantéenme mil, para que yo pueda escoger. No me digan qué debo corregir, sino por dónde puedo seguir. No me feliciten la ruta, avancen conmigo. Díganme, Si fuera mi escrito, lo haría así.

¿Alguien quiere escribir a cuatro manos, a ocho, a mil? Hoy siento que cocino solo para mí mismo. A veces hay quienes prueban una cucharadita, pero no se atreven a decirme: Le faltó sal, ven te enseño, se cocina así. Parece que estuviéramos rodeados de cientos de hornillas solitarias, parece una competencia, un Masterchef.

Me pregunto. ¿Realmente nos acompañamos o estamos al lado del otro por obligación? Yo no quiero terminar abandonado en medio del camino. De nuevo, no me

² Este manifiesto lo escribí en segundo semestre, para la clase de Teoría Dos.

feliciten por la ruta. Caminen conmigo, ayúdenme a perder. No quiero que la verdad sea que el mundo es simplemente cientos de rutas personales en las que se acaba solo. Esa debería ser una mentira y la ayuda debería ser la verdad.

Pienso que el corazón es un cielo y que el alma es una bandada de pájaros que tiene aves de cada ser. Por eso me entristece tener que escribir solo. Me entristece no sentirse parte de una comunidad.

Lo plantearé desde el fracaso. No quiero escribir un día más. No quiero triunfar si es un triunfo solitario.

Quiero que en mi novela estén las ideas de otros y que así dé cuenta de la amistad. No me importa si luego dicen: No pudo escribir solo, le tocó pedir ayuda y rogar.

Mi llamado es simple. Qué vivan los cuerpos con almas compartidas. Qué vivan los brazos en los que siempre crecen manos. Democraticemos las ideas. Compartamos los caminos y perdámonos.

Seré radical. Si no me dan una idea, no volveré a escribir. Llénenme a la aventura o, por lo contrario, me iré. Sé que se puede cocinar para uno mismo, pero si entré a una clase a que me dejaran solo, dejaré de comer. Solo compártanme una idea, por favor.

4. La importancia de la amistad y del amor

Esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo tan grande que recibí de mis amistades, las personas que amo y me aman, mi familia, y varios de los docentes de la maestría que acompañaron a caminar. Como dice Óscar Campo en los agradecimiento de su novela *Días hábiles* “Escribir libros es una labor colectiva” (2020) y por ello hay mucho que agradecer.

A mis amistades, que me escucharon atentamente, me compartieron ideas de forma libre y sincera, y me acompañaron a desarrollarlas y explorar. Tania, Mariel, Edda, Adri Urrea, Raúl, Alejandro, Mario, Sergio, Marielos, Jorge y Freddy;

a mi madre, que me leyó varias veces, me dio ideas y me ayudó a editar;

a mi padre, que también ha impulsado mi escritura, comparte mis lecturas y me apoya en los proyectos que emprendo;

a mi hermana, que me aportó imágenes con su gran creatividad;

a Andrea Salgado, Roberto Rubiano y Jaime Echeverri, que me estimularon y, a su estilo, me dieron luces y pistas para continuar;

a Camila, quien conversa conmigo de lo que hago, me presta atención, me ama y me da el ejemplo para seguir;

a las personas que están sin haberme ayudado directamente en la novela, Óscar, Guillermo, Lili, María Piedad, Andrea, Jorge Cadavid, JuanFe, Felipe, Natalia y muchas muchas personas más;

a todos quienes con su cariño y escucha me aportaron, gracias por acompañarme en la aventura que es escribir. Espero que la novela los contenga y tenga un ave de su alma, pues así me ayudaron a escribir.

5. Breve bibliografía

Arqués, N. (2018). *Curso de escritura para mujeres muy ocupadas*. Barcelona: Alba Editorial.

Buyng-Chul, H. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.

Campo, Ó. (2020). *Días hábiles*. Bogotá: La Marca Negra Ediciones.

Pheby, A. (2016). El mito de la soledad: su efecto en la cultura literaria y la escritura creativa como disciplina. En M. Ángel, & G. Argüellez Fernández, *Recetas para el misterio: Ensayos de escritura creativa* (págs. 69-77). Madrid: Anthropos. Universidad Autónoma de Querétaro.

EL CANSANCIO DE LAS COSAS

Por: Juan Antonio de Jesús Restrepo González

A Camila, que me enseñó qué es la independencia

1

Si pudiera, escribiría esta novela en las paredes de mi casa. Pero, vivo en arriendo y esta es mi casa.

Bogotá, D.C.

Hoy

Amadas amistades a quienes les debo esta novela:

Hasta aquí me trajo la imaginación: a una ciudad sin objetos y habitada por personas desnudas; una ciudad en la que esta carta sería imposible, porque no hay computadores, cuadernos o esferos para escribir; una ciudad en la que todo huye y lo único que nos queda es la voz y la imaginación. Tal vez, las palabras serían arrojadas al viento. Las nubes, con la lluvia, transportarían mensajes. La gente silbaría primero, como un ave cantora, y luego, al encontrar la corriente de viento precisa, hablaría. El aliento se mezclaría con el aire y rondaría la ciudad. Las palabras volarían, buscarían a quien van dirigidas y, en el momento preciso, entregarían un mensaje. No se apresurarían como en un chat. No llegarían al momento de ser pronunciadas. Se tomarían el tiempo necesario, entenderían ánimos y situaciones. Esperarían sobre las personas y bajarían solo cuando están seguras de que no interrumpirán.

Lo imagino así. Camino por el barrio. Intento recordar los poemas que me marcaron antes de El Cansancio. Recuerdo los libros que estaban en la biblioteca del apartamento donde viví, ahora vacío. Las obras acumuladas durante mis años de estudiante, los altos pilares de papel sobre el escritorio y los textos sobre la mesa de noche. ¿Dónde estarán ahora? Debí aprenderme más poemas de memoria. Intento recordar alguno:

*Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
y habrá nombres
para diferenciar el olvido de la fauna
del olvido de la flora.*

No, el poema no iba así:

*Como 1 águila negra
grafiteada con rabia*

Mientras juegan, el viento le susurra:

—¿Recuerdas el día que organizamos el apartamento? Tenía unas ganas enormes de robarte la suculenta que estaba en la matera de vaquitas. Creo que la planta se mudó al lado de donde vivo. La saludo todos los días y ella parece devolverme una reverencia. Tú, ¿cómo estás?

Miranda guarda silencio un par de segundos. Reconoce la voz de su amiga. Todos se han dispersado alrededor de la acera. El niño que la lleva es bajito y corre más lento que los demás. Recupera el aire y grita:

—¡Allá voy!

Miranda responde:

—Estoy bien, tengo ganas de viajar. ¿Sabes? Yo creí que te habías llevado la planta. Mándale saludos. Espero que estas palabras lleguen con un riego.

El tiempo ya no pasa de carrera. Sin relojes, los días copian el ritmos de quienes peregrinan. Ya no hay horas, ni minutos y el sol acompaña a quienes lo necesitan. La luz envuelve la tierra y las nubes hacen las noches. Dormir es un común acuerdo. Se comparten los cansancios y, con todos tirados en el suelo, se exploran los sueños.

La gente ya perdió el miedo y la tristeza de las primeras semanas. La piel se ha engrosado varios centímetros y el pelo ha crecido como un páramo. Los niños decían, parecemos hombres lobo. Ya se olvidó la desnudez. Quienes tienen frío piden un abrazo. Los hambrientos van a las huertas que aparecieron y arrancan un tomate para comer. Deben tener cuidado, acercar la mano y esperar que una fruta caiga. De lo contrario, las plantas se entierran y se alejan. Cuando llueve, las personas salen a ducharse y juegan en los charcos. Todas se ríen fuertemente. Las miradas predatorias han desaparecido. Sin nada que robar, el mundo se ha hecho otro.

Miranda se reencontró con Juan mucho tiempo después. Él le contó que persiguió un peluche, que había recogido un día en el colegio, hasta una montaña muy lejana en dónde se perdió. Volver a la ciudad le costó varios días. Todo estaba cambiado y no reconocía las calles. Quería regresar a la casa. Sin embargo, ninguna indicación le fue útil. La ciudad era enorme y parecía que los puntos cardinales no solo habían rotado, pero se habían mezclado

de forma libre. En el camino, se encontró con muchas personas conocidas. Entre ellas, a varios estudiantes. Les contó sobre los útiles que recogía y les pidió disculpas. Todos le respondieron lo mismo: no había nada que perdonar.

El Cansancio se confundió con el fin del mundo. Los artistas se quedaron sin herramientas. Ingenieras, arquitectos y obreras, sin material de construcción. Las cantautoras, sin instrumentos. No había papel ni sellos para los burócratas, ollas para quienes cocinaban, buses para quienes conducían ni quedaba un solo computador.

El carpintero más desesperado raspó con las uñas el tronco de un árbol caído. Trabajó durante varios días en tallar una marioneta. En las noches, apretaba con fuerza el pedazo de madera que intentaba escapar. No durmió y a las manos se le clavaron las astillas de forma tan profunda que los dedos se le paralizaron. Usó los dientes cuando el brazo derecho cedió. Sería el único juguete, se animaba a sí mismo, así todos se amontonarían y pagarían lo que él pidiera. Pero le sucedió como a Gepetto, que fue perseguido por el tronco mágico que talló y las piernas que había esculpido lo agarraron a patadas. Luego, la marioneta a medio terminar se marchó.

Así fue con todo. Cada piedra, pedazo de madera y escombros que había quedado, escapaba cuando la gente lo tomaba para volverlo una herramienta. Saltaba de las manos de quien la tenía y se iba lejos. Todavía se ven vidrios y cables que se arrastran de un lado a otro. Cosas que escapan con agilidad y evitan ser usadas por las personas. Solo basta decir: “Mi roca”, “Mi vidrio”, “Mi barrio”, “Mi casa” o “Mi cosa”, para que todo objeto entre en estado de alerta y comience a huir.

También hubo gente que intentó recuperar los objetos. Se hicieron varias expediciones fuera de la ciudad. Las personas se reunieron e intentaron seguir las huellas que habían dejado los carros, las neveras y las lavadoras.

—Vamos a recuperar lo que es nuestro —dijeron miles de veces—. Vamos a recuperar nuestra propiedad.

Sin embargo, solo encontraron unos enormes hoyos que parecían no tener fin.

Las huellas ya se borraron y los expedicionarios encontraron mejores cosas que hacer. Parece que los objetos se fueron a otro mundo. O tal vez nosotros fuimos los que partimos

a otra dimensión, o nos hicimos fantasmas, o ellos se hicieron fantasmas, o perdimos la capacidad de ver.

Nadie sabe con certeza a dónde fueron a parar las cosas, ni siquiera yo. Aunque, ahora entiendo las palabras que escribió Luiselli en Los ingrátidos. “Sabía que no era bueno depositar ninguna clase de confianza en los objetos de una casa; que en cuanto nos acostumbremos a la presencia silenciosa de una cosa, ésta se rompe o se desaparece”. Los objetos nunca estuvieron domesticados. Y, como era de esperarse, las neveras se cansaron de guardar comida pasada, los televisores y los libros se aburririeron de las miradas fijas y ropa sintió asco de los rotos y el sudor. Los cuadernos salieron a volar y las prendas de vestir se colgaron en los árboles para hacerse flor. Todo empezó a ejercer su libertad.

Los pisos de las casas están quebrados. Hay largos rayones que recuerdan *El Cansancio*. Entre las paredes y el suelo quedan las siluetas de las cosas, las marcas donde antes hubo un sofá, las patas de una pesada mesa, una cama o una biblioteca, las huellas que indican que algo se fue.

En las paredes de pintura descascarada, la gente dibuja. Luego de los aguaceros, se llenan las manos de tierra mojada, caminan hasta el interior de cualquier edificio y trazan los contornos de aquello con lo que vivieron. No es sencillo transportar el lodo. Pensar en lo propio y en la propiedad hace que la tierra se escurra de las manos y se aleje de forma veloz. Son rituales de desprendimiento, creo. Los dibujantes deben entrar y salir cientos de veces del edificio en donde se encuentran antes de terminar el dibujo. A veces les toca esperar una segunda lluvia. Con el lodo que les cabe en las manos trazan líneas que ya no se parecen a los objetos que hubo allí. Las sillas tienen siete patas y los televisores son nubes circulares con sueños. Al terminar se sientan y ven como cae el dibujo, igual que los monjes que hacen mandalas en la arena. El lodo se cae uno o dos días después. Así, también la nostalgia.

Solo queda lo inmóvil. Postes, muros, huecos de ventanas y umbrales. Los primeros días hubo temblores. Las casas y los edificios tuvieron que reacomodarse cientos de veces.

Cambiaron de barrio y se juntaron de formas insólitas. Las puertas se soltaron de los goznes y se marcharon poco después.

Debido al miedo y la sensación de vulnerabilidad, las personas intentaron restringir la entrada de desconocidos a los barrios en dónde se asentaron. Muchos se atrincheraron en los lugares que conocían y dijeron “Mi barrio, aquí nadie puede entrar”. Tenían miedo a las peleas, los asesinatos y las violaciones. Nadie se sentía seguro y entre ellos vieron enemigos. Sin embargo, las paredes no se dejaron asustar, las casas se aburrieron al oír los mismo gritos de “¡Largo!” o “¡Fuera de aquí!” y las edificaciones se movieron.

Las réplicas duraron un mes. Tal vez, dos. Terminaron cuando las personas se dejaron transitar libremente. Los clanes se desmantelaron, los líderes desaparecieron y a la gente le tocó convivir. Ahora las viviendas son cuevas llenas de náufragos. Todos duermen en el suelo y, al despertar, se preguntan si la piel se les ha endurecido o el mundo se ha ablandado.

No me cuesta imaginarme en esta situación. Buscaría jardines elevados para pensar y dormiría cerca de las nubes. Seguro vagaría por las calles en busca de ustedes o, tal vez, cogería pa' las montañas. En el páramo debe estar el canto de las aves. Yo podría seguirlas con palmoteos y aplausos. Aprendería a silbar y volvería a cantarles los poemas que me sé y los que allí aprendí.

En la ciudad, todavía hay gente enloquecida que vitrinea. Se forman grandes grupos de personas para recorrer las ruinas de los centros comerciales. Hay guías y tures en que se describe lo que había allí. Frente a los grandes espacios vacíos, comentan: “Aquí había un maniquí con ropa de playa”; “Aquí, unas chaquetas de jean”; “Allá compré los pantalones morados”; y “Al fondo estaba la ropa interior”. Caminan por horas mientras buscan algo para mirar. Frente a las ventanas vacías de un restaurante, alguien dice: “Aquí servían el mejor café”. Todos los lugares tenían un mejor algo. La papelería con las mejores copias, la farmacia con el mejor Dolex, la tienda con los mejores repuestos de llanta para las camionetas be eme doble u.

Al final del recorrido, los guías se congelan varios minutos, como si fueran maniqués. Adoptan poses extrañas: con la mano arriba, como si sostuvieran una manzana; con las extremidades estiradas cual estrella; o erguidos, con los brazos doblados y las manos en el pecho, imitando una estatuilla de los Oscar. Al día siguiente, repiten la expedición señalan las mismas tiendas de antes y dicen. “Esta era una tienda de pistachos y maní exótico”. “No, era una tienda de calzoncillos largos y boxers cortos”. “No, era una tienda de maquillajes de tono rojo”. “No, vendían hojas en blanco tamaño carta”. “No, vendían lo que tú quisieras, lo pedías y a los tres días lo tenían. Era realmente genial”.

Los supermercados y ferias, en cambio, se hicieron huertas en donde los árboles frutales empezaron a crecer por su cuenta. La tierra se surcó sola y las plantas florecieron de forma veloz.

Miranda ha viajado en los edificios. Una noche se durmió en la esquina de una habitación vacía. Afuera hubo una fuerte discusión y las construcciones empezaron a moverse. Se despertó cerca de un parque que creía reconocer. Al bajar, un árbol le dejó una pera. Levantó la mirada y creyó ver un ave.

—Miranda, ven a visitarnos pronto —le susurró el viento—. Te extrañamos. Estamos en el oriente, en la falda de la montaña.

Eran sus padres que le mandaban un mensaje. Ahora camina hacia la montaña.

Los rumores y teorías son muchas. Los peregrinos cuentan que así, vacías, quedaron todas las ciudades alrededor del planeta; que *El Cansancio* fue un suceso mundial y que ya lo había predicho Nostradamus; que en Estados Unidos hubo tantos muertos durante el caos que los objetos tuvieron que regresar para fomentar la paz; que Dios era una cosa y habían vivido el rapto; que la huida de los objetos fue culpa de un chip que implantaron las élites en los microondas y un error de una inteligencia artificial; que todo sucedió porque un joven chino se volcó al budismo con tal fuerza que transportó a todo el mundo al Nirvana; que fue una estrategia de la ONU para frenar el calentamiento global; que las naciones se endeudaron de tal manera que todos los objetos fueron embargados por los cinco bancos más grandes del mundo y ahora están almacenados en las bóvedas subterráneas de un paraíso fiscal; que fueron alienígenas antropólogos que tomaron las herramientas para

estudiarlas y que pronto las devolverían; o que hay un nuevo El Dorado en el Polo Sur, en donde las bicicletas andan libremente y los ceniceros brillan por la escarcha.

De todo lo que se dice hay una leyenda que para mí tiene algo de verdad. Se cuenta que una comunidad de amantes nómadas fue rescatada por un grupo de objetos en medio de una tormenta. Estaban perdidos y a punto de desfallecer en la cima nevada de alguna montaña cuando una bandada de ropa llegó a socorrerlos. Los sacos se acercaron y les dieron abrigo. En agradecimiento, ellos los remendaron y los dejaron volar.

Luego de la ropa, llegaron vehículos, muebles y electrodomésticos. Ninguno se sorprendió al ver los objetos animados. Ninguno se abalanzó sobre ellos ni dijo que quería tal carro o se puso una chaqueta a la fuerza por probar. Cuando las camas se acercaron, los amantes se acostaron en ellas. Las cobijas los cubrieron y los arroparon las noches más frías. Los libros se posaron en las piernas de quienes descansaban y, atentos al movimiento de los ojos, pasaban las páginas. Compartían fragmentos y luego volvían a volar. Nadie en la comunidad los intentó retener. Conversaban y entre ellos terminaban las historias. Uno o dos días después el libro volvía y, en el momento de sosiego de quien lo había leído, lo dejaba terminar.

Los amantes conviven con los objetos como ya lo hacían entre ellos. Tal vez por eso se les ve con zapatos y chaquetas, mientras exploran el mundo y recolectan la comida del día a día. No hay abrazos iguales a los de aquellas personas. Las botas se les calzan en los pies y los ayudan a caminar. Y ellos saben cuándo se cansa un calzado, y dejan que se desamarre y que se vaya a reposar. Poco después llega otro zapato o bota o tenis que envuelve los pies.

En este mundo yo sería una especie de tatuador de libros. Tendría un amigo bolígrafo con el que trabajar y diría, como escribió en una carta Antoine de Saint-Exupéry a sus diez años: “He conseguido un estilógrafo, (...) escribo con él”.

Me recortaría en el muro de una avenida y esperaría que un libro con vida y en total libertad se posara en mi regazo. Lo oiría y dejaría notas y dibujos en las márgenes. Me gustaría leer y ser leído de esa manera.

Muy al norte, queda en pie un barrio en ruinas con orgullosos propietarios. Allí las pérdidas fueron millonarias y los objetos más costosos desaparecieron. Un hombre camina erguido, con el mentón en alto y el ceño arrugado. Allí la gente se depila pellizcándose los vellos y arrancándose el pelo uno a uno. A la vuelta de la esquina, este hombre se encuentra con su vecino.

—Qué zapatos tan hermosos llevas hoy. ¿En dónde los compraste?

—Mi hermano murió y su esposa quiso que yo los tuviera —responde.

—Pregúntale que en dónde los compró, mi jefe calzaba unos parecidos y yo siempre los envidié. Aunque, yo los quiero en marrón o en gris.

—Claro que sí, yo le pregunto mañana que será el velorio. Aunque, me suena que los mandaron a hacer a la medida en una sastrería de Venecia.

—Una lástima —dice el vecino y se despide.

Pocos metros después, otro conocido detiene al hombre y le pregunta:

—Sandalias, ¿con este clima?

—¿Perdona?, son sandalias Gucci. —responde—. Es lo único que tenía en casa hoy. Los tacones de mi hija me incomodan y mi hermano tomó los zapatos de vestir.

—Bueno, mejor que vivir desnudos —dice.

—Exacto, mejor que vivir desnudos —repite.

En ese barrio todos se deshacen en halagos sobre las telas y el corte de las nuevas prendas. En el lugar del pecho ven una camisa; en la cabeza, un sombrero; en las paredes agrietadas, espejos. Y se intercambian las frases más finas y adornadas que quedan sobre la tierra: “Así de hermoso y con esos tonos tan alegres vestía mi bisabuela, hija de un ministro” o “Estás más elegante que un parisino veraneando en Santorini” o “Tienes el porte de un matador mariachi y el aire de un *rockstar* en su mejor presentación” o “Pareces sacado de una película de amor surcoreana, en donde un dueño de hoteles se enamora de la *concierge*”.

Y a veces, se molestan.

—¿No van a decir nada este traje nuevo? —se preguntan entre ellos—. ¿No ven los botones de oro y el fino bordado con mi nombre?

Pero de inmediato se responden —Perdón, presidente, es que no lo noté por el brillo. Esa chaqueta te queda espectacular.

Solo cuando se ven desnudos y no pueden sostener más la mentira, se marchan. Quienes se van pasan meses de frío antes de que les crezca el cabello. Pronto no quedará nadie allí.

La muerte es lo más complejo. Aunque, parece algo intuitivo. Quien la siente, se despide de todos y emprende un camino hacia la costa. Los adultos les cuentan a las personas más jóvenes, a las niñas y a los bebés que en las orillas del mar todavía quedan palas. Antes de fallecer, las personas nadan, se echan en la arena, descansan al calor del sol y mueren en silencio. Las palas las entierran y prenden una pira en su honor.

Pero, lo que cuentan es mentira. En la playa no hay palas. Ni eso queda de las cosas de antes. La verdad, no queda un solo objeto. En las costas, la arena es cálida y el océano se despliega sin límites. Allá, las olas llegan ligeras y levantan los cuerpos que reposan sin vida. En el mar, los cadáveres son devorados por ballenas, tiburones, cardúmenes de diferentes clases, cangrejos y anfípodos. Así es el fin.

También hay ciertos picos de montañas con ríos para quienes no alcanzan a llegar al mar. El canto de las aves los guía. Un silbido que no se sabe de dónde sale. Una nube que dice: Aquí es. Hay pastizales altos para echarse boca arriba y ver las estrellas. Desde la orilla, los muertos son transportados por los rápidos. Las rocas no rompen los huesos. El cuerpo no se hincha. Llegan, como todos, a ser alimento al mar.

Miranda ha caminado tres días. Va hacia donde viven sus padres. Volverá a estar con ellos algunos meses. Les contará sobre los incidentes del trabajo, el cuncho de café premonitorio, los platos que aparecieron y desaparecieron de forma veloz, la historia de la cacería del balón y la terquedad del sofá. Pronto se reirá de todo lo que le ocurrió. No puede creer que se haya mudado justo antes de *El Cansancio*. Pero, tal vez alguien inauguró una tienda el día anterior. ¿Cómo no lo vio a tiempo, se pregunta, si todos los animales alcanzaron a huir? Desde que se mudó, las cosas del apartamento empezaron a perderse.

Avanza lento, por la mitad de la vía. A veces, imagina autos fantasma que inundan las calles y se alegra de que ya no sea así. El tráfico fluye. La gente se da paso. Camina junto a cientos de personas que buscan a alguien con quien compartir.

Por su parte, Juan pasa los días entre colegios y bibliotecas vacías. Se sienta en silencio y medita sobre las clases que dio. Si alguien se acerca y le pregunta sobre un tema, él intenta responder. Cuando está solo, reconstruye las caminatas que daba por los salones en busca de objetos abandonados que él recuperaba. Imagina los pupitres desordenados al final del día y un lápiz tirado en la esquina del salón.

Los días que se siente triste, pasa por las universidades y sonrío. Las playitas y los comedores se han hecho ágoras. Quienes practican la filosofía discuten vivamente sobre los objetos, la vida, los sistemas económicos venidos abajo y el fin. Algunos se aferran a las citas que más conocen de Heráclito, de Beauvoir, Halbwachs, Hegel, Benjamin, Assmann, Arendt, Platón o Butler, entre muchos nombres y apellidos más.

—Solo queda dialogar —dice el más gracioso—. Más de dos mil años después de Sócrates solo queda dialogar.

En cada barrio, hay un teatrino improvisado. Quienes actúan se han tomado la ciudad. Miranda se detiene cada que ve un grupo de personas reunido en torno a una obra, se sienta junto a varios espectadores y observa lo que sucede. Ha visto tragedias clásicas, obras de Shakespeare y comedias crudas sobre el conflicto que azotó el país en que vivió. Sin embargo, el favorito del público es *El cansancio*. Lo repiten como abrebocas y entremés. Cada presentación tiene pequeñas variaciones.

—Señoras y señores, damas y caballeros, cabelleras y damos, soñadores de todo barrio, niños y niñas, nenes, nanas, personas que no se identifican con ningún pronombre, bienvenidos, bienvenidas y bienvenidos. Hoy presentaremos, junto a mi gran equipo, el más maravilloso, extraño y mágico día de todas nuestras vidas, el día en que todo cambió, el día del fin del mundo. Redoble de tambores, por favor, —y al fondo alguien palmea sobre la barriga— ¡*El Cansancio!*

Miranda ya la ha visto tres veces. La obra comienza con los actores que fingen cocinar, ver televisión o leer un libro. Hay quienes teclean en el aire y quienes simulan tener un par de celulares para hablar entre sí. Recuerdan el último día con los objetos.

Fingen tener herramientas y trabajar, hasta que alguien grita —¡La lavadora!, ¿qué está pasando?

Entonces, otro grupo de actores sale a escena. Son las cosas, interpretadas por gimnastas, contorsionistas y artistas de circo. Está quien hace de cama, quien hace de armario y quien juega ser camisa. Todos se empiezan a alejar y se da un gran juego de congelados. Los objetos son más ágiles y esquivan a los humanos. En el público, los niños gritan —¡Agárralo, se va a ir! —pero hasta la nevera da saltos mortales en el aire y evade las manos de los captores.

—Ayúdennos —pide el presentador al público.

Los niños se ponen de pie y juegan un rato. Tocaban los objetos y gritan —¡Congelado! —Pero siempre hay un libro o una matera más ágil que descongela a todos sus compañeros y dirige la huida. El juego termina cuando el público se rinde. Entonces, la nevera dice:

—No volveré a tener un cadáver, ni crecerá más moho en mi interior. Ya no seré esclava ni cementerio, en cambio, seré un hogar.

—Adiós —gritan todos en conjunto y se marchan.

—Adiós —responden los niños, que saben que las cosas no volverán.

La gente aplaude con todas sus fuerzas, muchos chiflan. Poco después, el público se dispersa y algunos comentan:

—Así me pasó a mí. El auto se detuvo. Yo creí que se había varado y salí a revisarlo. Pero cerró las puertas y no las volvió a abrir. Solo arrancó y se perdió entre el caos de la calle. Intenté seguirlo, pero la ropa me lo impidió y cuando quedé desnudo busqué en dónde esconderme.

—Lo último que salió de la casa fue el álbum de fotografías. Le pedí que no se fuera. Lo intenté retener. Lloré tanto que me dio cinco minutos más. Miré la fotografía de mi madre cansada en la cama del hospital. La miré fuerte, para no olvidarla. A veces voy allá. Así vacíos, los cuartos son espeluznantes. Pero, cuando llego a la habitación dos catorce, todo parece iluminarse. Puedo ver cómo duerme, el viento que corre las cortinas y su sonrisa calmada.

—Yo estaba dormido. Tengo el sueño tan pesado que no oí el alboroto. Además, el colchón debió colocarme muy suave en el suelo, porque tampoco sentí que saliera. Al día

siguiente, creí que me habían robado. Luego, que nos habían robado a todos. Luego, que seguía soñando. A veces creo que todavía no he podido despertar.

—Yo leía *Pura pasión*, no sé cómo termina, esa noche el libro agarró a volar. Imagino que la narradora se reencuentra con su amado en algún museo. Lo mira junto a una pintura. Se pierde en ella, pero no junto a él. Cuando salé, le da un beso en la mejilla y se va. Él ya no hace parte de su presente, ya no está en los jardines del arte o en la profundidad de la mirada de alguien más. Luego, la narradora nos cuenta como terminó el libro y las circunstancias que lo rodean, con eso sabemos que la pasión se dirige a ella misma.

—A mí me gustaría volver a cocinar —dice Miranda—. Prepararía un gran caldo. Mandaría a traer un olla del tamaño de un jacuzzi, un gran fuego comunal y una gran mesa para picar. Cientos de papas, cebollín y cilantro. Un caldo para el frío que a veces llega. Nadie quedaría sin comer.

Yo creo que habría corrido tras una caja de lápices o cualquier bello esfero para escribir. Habría cogido y retenido un montón de papel por un buen rato. Luego, al darme cuenta de lo que sucedía, lo habría soltado y me habría despedido. Reharía esa historia mil veces. Que corrí tras el esfero por toda la autopista al norte; que lo seguí por una montaña; que metí la mano al inodoro y salió un bolígrafo diferente. Sería, en parte, la historia de mi escritura, de la libertad que espero de las palabras y de cómo los textos se van.

Luego de la obra llegan los músicos. Han hecho del cuerpo un instrumento. Los flautistas, aprendieron a silbar como los mochuelos. Las cantantes han creado nuevas técnicas vocales que imitan a las orquestas. Quienes tocan la percusión saben cómo suena cada músculo y cada golpeteo que se dan. Muchos, buscan lugares con ecos. Iglesias y teatros. Dan conciertos en cualquier parte. Cantan e imitan a las aves que casi no se ven. Todas las personas los escuchan con atención.

Miranda avanza lento, todavía le faltan varias calles para llegar a donde sus padres. Se detiene en los locales vacíos que antes fueron restaurantes. Entra, camina hasta las cocinas e imagina una preparación. Le gusta recordar las aperturas y los momentos en que llegaban los proveedores con vegetales frescos para cocinar. Cuando picaba el tomate, le gustaba

verse reflejada en el cuchillo. El costado del filo le devolvía la mirada y la sonrisa. Todo iba a una olla y, después, a un comensal.

Afuera, siempre hay alguien que la observa. ¿Le gustaba comer aquí?, le preguntan. Entonces ella comenta cuáles eran esos platos favoritos y lo mucho que le gustaba ser *chef*. Lo que más le da risa es la forma en que la gente recuerda los restaurantes. La comida, toda, se deshacía en la boca. Cada plato llegaba en su punto. Las bebidas tenían el azúcar necesario y nadie nunca quedaba mal. Tal vez, si objetos volvieran, la gente no estaría tan satisfecha. Pero ella no contradice a nadie. Sonríe con ternura y vuelve a caminar.

Frente al restaurante donde trabajó, se cruza con quien antes fue su jefa. Ambas se miran en silencio.

—Perdona haberte acusado de robar las ollas y los cuchillos.

—No hay problema ¿cómo íbamos a saber lo que estaba pasando? Nadie estaba preparado. Toda la vajilla estuvo conmigo un día, luego se marchó. Oí que las mesas se fueron a donde el mesero más joven.

—De verdad lo siento.

Ambas guardan silencio.

—¿Qué fue lo último que cocinaste?

—Creo que fue una taza de café.

¿Cómo llegué hasta aquí? Palabras, cartas y cafés compartidos. No fue solo la imaginación, mucho menos la mía propia. Fueron todas mis amistades. Fueron los consejos y las reflexiones en un restaurante, las imágenes de un mundo posible puestas en común, las lecturas conjuntas, las recomendaciones de películas y las escrituras que se hicieron de noche, mientras conversábamos por Zoom.

Hubo miles de caminos e historias que tuve que borrar. Hasta aquí me trajo la escritura misma. Páginas e impresiones que terminaron en una caneca. Poemas collage escritos como simples ejercicios y borradores. Epígrafes acumulados en un archivo de Word. Llegué hasta aquí gracias a quienes conversaron conmigo, gracias a quienes caminaron conmigo. Fue una peregrinación mental. Un proceso de construcción común.

Creo que El Cansancio fue un suceso mundial. Todas las ciudades y pueblos se vaciaron. ¿Cuántas historias no hay allí? La del cementerio que se quedó sin lápidas y los ataúdes que se hundieron hasta el centro de la tierra; la del millonario que cerró las puertas de su casa y se abrazó a la caja fuerte mientras lloraba; la del pobre que solo tenía una lámpara y le tocó despedirse de ella; la del Santa Claus cuyo trineo se volcó en pleno vuelo y perdió los regalos sobre el mar Atlántico; y la del trapo triste que nunca vieron llorar y por eso se fue; entre muchas otras historias que también podría haber.

Volvimos a las cuevas. En mi mente fue así. Sin embargo, no lo puedo narrar todo, no lo quiero narrar todo. ¿Qué pasó con los banqueros? No sé. La novela es solo uno de los miles de recorridos que pudo haber. Historias como las de Toy Story o Chungking Express se quedaron por fuera. El último Black Friday, la última fila en un Apple Store, Una noche en el museo, Rubber la llanta asesina, Una soledad demasiado ruidosa, Wall-e, La policía de la memoria o Holy Motors quedan para la imaginación de quien me lea.

Ahora que lo pienso, pude haber contado la historia de la negligencia o del descuido. Haber confesado que de niño arrojé un juguete de Spiderman por la ventana y que, cuando se rompió porque no sacó una telaraña, no quise jugar más con él. O pude haber narrado la historia de una maquila. Abajo la fast fashion, abajo el consumismo, que se acabe la obsolescencia programada y que se le dé fin al imperativo neoliberal del rendimiento. Pero, no quería terminar con la moraleja del cuidado y el trueque. Esas historias son un tanto obvias, ¿no? Cuando suceda El Cansancio deberemos aprender a vivir sin que el fin sea tener. Eso lo sabemos. Por eso, mi ejercicio fue por el otro camino. La historia paralela en que los objetos cotidianos, observados y limpios decidieron huir. No explica el cómo o el porqué. Basta respirar en la ciudad para saberlo. Aun sin una sola señal, se intuye. Solo es preguntarle a un horno, ¿cómo estás? Y dejar que este se dañe. Aun si se arregla, como una historia, se irá.

Con cariño,

Antonio, a quien le gustaría ser una pluma, Restrepo

2

Las gatas se perseguían por las habitaciones del apartamento. A su paso caían pocillos, candelabros, libros y floreros. La de pelaje negro entraba veloz a la cocina, subía al lavaplatos, saltaba al mesón y se escondía tras la cubertera. La manchada intentaba cortar el paso por los fogones, empujaba la cafetera y se le abalanzaba sobre el lomo. La vajilla temblaba. Los vasos que reposaban al borde de las mesas intentaban no caer.

Ya en el suelo, las gatas se mordían, se revolcaban y daban botes contra los muebles. Entraban al cuarto de ropa, brincaban, siseaban, descolgaban alguna camisa, rasgaban una media, se gruñían y seguían su correría. La negra salía de un gran salto a la sala y la otra, al corredor. Entre las plantas que tomaban el sol junto a la ventana, empujaba las materas. La manchada, sacaba los libros de las bibliotecas y rasgaba las páginas que no le gustaban.

Ya lo podían imaginar. ¡Momo!, ¡Casiopea!, miren cómo dejaron la casa. Eche pa'llá. No joda. Ssshhh. Ssshhh. Shipe, que no las quiero ver. Igual, faltaban tres horas antes de que regresara Juan. Tenían tiempo de sobra para sacar el papel del baño y orinar alguna esquina con recibos arrumados.

Para ellas, el juego no era atraparse. En cambio, simular una cacería. Morderse suave, acariciarse rápido y correr. Tras los saltos y mordiscos luchaban una guerra contra el orden. Intentaban tumbar los cuadros que las vigilaban y arañar los sofás que les hacían zancadilla; romper cada vaso, cada plato y cada pequeña estatuilla hecha de porcelana.

Los objetos se defendían. Las escobas se elevaban por el aire y golpeaban a las gatas en la cabeza. Los trapos se retorcían, hacían de látigos y lanzaban fuetazos a los costados. Las cosas más frágiles se escondían entre las alacenas y escuchaban el alboroto. El sonido de un vidrio a punto de romperse, el perro de abajo que ladraba sin descanso, los golpes metálicos contra la madera, las uñas que rasgaban una tela y el pesado movimiento de los sofás se escuchaban todas las tardes. Llevaban años en ese combate.

Hacía más de medio siglo la abuela de Juan había comprado el apartamento y, desde ese momento, un sofá verde de dos puestos había gobernado el orden de la sala. En las reuniones, se movían mesas y se traían sillas de varias casas. Pero, el mueble de dos

puestos no se movía. Contra la pared, daba sentido al espacio. Todo se arreglaba en torno a él.

La abuela había muerto, los padres se habían mudado y el apartamento quedó en manos de Juan. Luego fue la adopción de las gatas. Juan se sentía solo y, para llenar el espacio, las trajo de un refugio. Tenían menos un año y eran temperamentales. Durante la primera mañana, las gatas sintieron los movimientos de las cosas y arañaron al sofá que daba las órdenes. Rompieron un vaso y orinaron los cojines del mueble. Juan, mandó a lavar el mueble y, al regresar, cambió todo de lugar. Era la declaración formal de la guerra. Juan ya no respetaba el orden y era culpa de esas dos bestias que había traído. Entonces, el sofá comenzó a moverse ligeramente para que las gatas se tropezaran y a lanzar los cojines para lastimarlas. Silenciosamente, intentaba volver a la pared desde donde había gobernado. Pero Juan siempre lo movía y no lo dejaba llegar.

El sofá odiaba el pelo de las gatas que borraba el verde del tapiz, los arañazos que le hacían para afilarse las uñas y, sobre todo, los saltos que daban tumbando los cojines que tenía encima. Las batallas escalaron y otros objetos se rompieron. Al final, se convirtió en un asunto de orden. Las gatas luchaban por un espacio que habitar. Los objetos, por expulsarlas.

Por las noches se hacía tregua. Juan limpiaba el suelo, maldecía a los animales y metía los restos de las peleas en una bolsa negra.

—¿No se pueden quedar tranquilas un solo día? Todas las noches llevo a limpiar las cagadas. Otro daño y las regalo.

Desde el otro lado de la sala, las gatas lo miraban fijo. Él seguía refunfuñando. Hablaba del salario y lo costoso que era vivir. Luego, cuando se calmaba, les servía la comida.

—Tengan —decía de mala gana.

Gracias, pensaban ellas, y le acariciaban las piernas con giros y pasadas de lomo. Se empinaban para alcanzarle las rodillas y, cuando bajaba las manos, lo lamían.

—Sé que no es su culpa. Pero tienen que tener más cuidado. ¿Sí?

A las diez, los tres se iban a dormir. Ellas se hacían bola al lado y ronroneaban plácidas. Él las consentía e imaginaba lo que tendría que comprar. Caminaba despacio por

los pasillos de las tiendas. Llevaba un carrito y revisaba los precios. Un vaso nuevo. Y, ya que estaba allí, otra lámpara y otro cojín. Poco a poco se dormía. Contaba los objetos que pasaban por la cinta transportadora. No importaba los daños que hicieran las gatas, él podía reemplazarlo. Tal vez me den los puntos suficientes para cambiar las ollas, se decía antes de dormirse, o comprar el exprimidor de jugo que no me vendría mal. En sueños, redecoraba la casa. Tiraba objetos rotos, se deshacía del sofá verde desteñido y ponía alfombras persas con cojines para sentarse en el suelo.

Los días siguientes, las gatas dejaban de dañar cosas, jugaban con cuidado, lamían los platos floreados de la alacena y se restregaban contra el escritorio, para que Juan no las regañara otra vez. Los objetos también se tranquilizaban. Iban y venían por la casa. Los libros volaban de un estante a otro y se mostraban párrafos y estrofas que hablaban sobre la ciudad, los esferos salían de los cajones del escritorio y resaltaban alguna palabra, y las materas se movían en busca del sol.

Todo transcurría en paz hasta que las gatas volvían a rascarse con el sofá de la abuela y los batallas volvían a comenzar. Las gatas esquivaban los ataques de las camisas y los golpes metálicos de las cucharas que las perseguían. Al comienzo, no cedían a las provocaciones. A veces, escapaban en la mañana, cuando Juan abría la puerta para irse al trabajo, y no volvían hasta que fuera de noche y la tregua volviera a darse.

Esos días caminaban por el barrio. Persegúan palomas que volaban por el parqueadero. Tomaban el sol entre las plantas de la fuente. Se dejaban acariciar por desconocidos e iban a la pollería por un ala de sobra. Cuando veían un perro, se escondían bajo los carros y dormían. Desde el parque, vigilaban la casa. Gruñían a la ventana, a la quietud que mantenían los objetos. Cuando les daba hambre, subían. Juan les abría cuando ellas maullaban desde el pasillo del edificio y revisaba que no hubieran hecho caca en el tapete de algún vecino. Volvía a servirles comida, las acariciaba y les contaba de su día. Todo sucedía en paz, hasta que una correa las golpeaba y ellas le rasgaban un borde de un zarpazo. Entonces, la guerra volvía a desatarse y el perro de abajo empezaba a ladrar.

La tarde en que a Juan le avisaron que sería contratado en otra ciudad, el olor a orines era penetrante y las gatas se afilaban las uñas contra el sofá. No las regañó ni las maldijo. En cambio, les sirvió comida extra.

—Nos vamos —les dijo—. Espero que les guste el calor.

Luego, vació la maleta sobre la cama y en una cartuchera que simulaba ser enorme lápiz guardó los últimos dos útiles que recogió en el colegio. Tenía varias cartucheras abultadas con cientos de esferos y colores que había encontrado en la ronda que hacía al final del día por los salones. A las tres, cuando los estudiantes ya se habían ido a las casas en las rutas del colegio, pasaba aula por aula y recogía colores, marcadores y demás lápices que se encontraba por el suelo. Él los usaba para calificar y los más bellos los coleccionaba. Pensaba que así, los estudiantes aprenderían a cuidar las cosas. Esto les cuesta plata a los papás, se decía, no pueden estar por ahí botándolos como si nada y tratando de servir a los profesores. De un cajón al fondo de su escritorio, sacó las cartucheras y las contó. Ocho cartucheras en cinco años. Increíble lo descuidados que son.

Durante esa semana, no fue a trabajar. En cambio, fotografió todos los objetos de la casa. Sacó los libros de las bibliotecas y los acomodó en el piso del cuarto. Uno a uno, fotografió y los inventarió en su celular. Varias veces se quedó en blanco, recordando de qué trataba el texto que recién había fotografiado. Con calma, revisó cuáles estaban rayados y marcó con un post-it en la página legal los que continuaban nuevos, sin leerse.

Para los muebles, vació la sala y la convirtió en un estudio. Pintó una pared de blanco e ingenió una iluminación hechiza con una lámpara de lectura y una sombrilla, igual que en los estudios de las revistas de moda. Tomó fotos a las dos poltronas amarillo quemado con los brazos de madera pelada, al sillón de lectura algo pálido, a la mesa de centro, a la mesa del comedor, a las sillas, al banquillo, a las mesitas de noche, al escritorio, a las materas y a la elíptica. Los electrodomésticos los fotografió en su sitio, pues no los pudo mover.

Cuando sintió que no quedaba nada, empezó a publicar en Facebook. Se vende por mudanza. Venta de garaje en efectivo y con entrega inmediata. Cama: 9/10. Faltan dos tablas. Nevera: 8/10. Dos años de uso, sin hielera. Lavadora: 9/10. Dos años de uso, un uso

semanal, hace muy poco ruido. Libros leídos y sin leer. Precios, preguntar por interno. Listo para negociar.

Quiso deshacerse de todo y empezar de cero. Fantaseó con celebrar apenas llegara una especie de ritual de año nuevo. Tenía los propósitos claros: ser mejor profesor, aprender los oficios de la coordinación curricular, ser más desapegado, dejar de pelear con los estudiantes y, sobre todo, devolver los útiles que encontrara, en vez de quedárselos. Tenía, además, un año viejo miniatura para quemar. Un peluche de oso pardo vestido de espantapájaros que un estudiante de primaria había olvidado en la arenera. Su última adquisición.

Los padres del niño habían mandado notas al colegio. Es un oso con overol, por favor buscar en objetos perdidos. La profesora, preocupada, preguntó en varios cursos y requisó la maleta de algunos sospechosos. Si alguno se lo llevó por accidente, por favor devuélvalo. No es suyo. Juan ayudó a buscar. Pero, nadie lo devolvió y los padres del pequeño no tuvieron más opción que comprarle un nuevo juguete a su hijo. Cuando Juan lo vio jugando en la arenera se despreocupó.

Por la noche, las gatas atacaron de forma feroz. Se afilaron las uñas contra el colchón. Lo que Juan, en sueños, confundió con un masaje. Luego salieron disparadas a la cocina. Intentaron derribar una biblioteca en el camino y de los estantes cayó un pisapapeles de cerámica con la figura de un ave al que se le quebraron las alas.

Ya sobre los fogones, dieron un brinco a la alacena y derribaron varios vasos. Juan despertó asustado. Creyó que temblaba y salió al parque. El perro de abajo ladró y los vecinos llamaron a la portería para saber qué ocurría. Cuando se sintió seguro, Juan volvió al apartamento y les explicó a los celadores que las gatas habían tirado parte de la cocina por estar persiguiéndose. Además de los platos rotos, vio dos materas destruidas y un cojín destripado, con el relleno tirado por la sala y el comedor.

—¡Afuera! —les gritó a las gatas. Barrió, tiró todo en una bolsa negra e intentó dormir. Al no poder conciliar el sueño, quitó las fotos de la vajilla de su Facebook, escribió “Platos y vasos vendidos” y repostó algunos objetos más.

Pasó una semana y lo único que vendió fue la bicicleta y un par de ejemplares nuevos de Tolstoi. Le dolió dejarlos baratos cuando estaban casi nuevos y le habían costado un ojo de la cara. Muchos de sus conocidos preguntaron por los precios y, luego de que Juan se los dio, no volvieron a responder. Él refrescaba el muro constantemente. No llegaba ningún mensaje. Y con cada minuto que pasaba, las publicaciones de la venta se perdían más y más entre las noticias sobre la inseguridad y los robos masivos en diferentes sectores de la ciudad, publicidad que ofrecía colchones nuevos, fotos de animales perdidos y memes que no entendía.

Él insistía. “¿No quiere la mesita?”, “¿No quiere el sofá?”, “Le rebajo cincuenta mil pesos”, “Si acaso la mando a lijar”, “Solo es retapizarlo”. Sin importar lo que dijera, le daban una excusa y lo dejaban en visto

Tendré que pagar una bodega mientras termino de vender las cosas, pensó. O dejarlas en casa de mi primo. Pero ¿quién sabe cuánto tiempo me tome sacarlas y luego nos volvemos a pelear?, yo tampoco me aguantaría un sofá parqueado por años. Tal vez debería poner todo en una página de ventas. No, qué pereza. Ya está en Facebook, para la otra página tendría que crea un perfil nuevo y volver a publicar las fotos. Además, allá no se lidia con amigos y conocidos, allá solo hay compradores y ladrones, yo he oído que en esas páginas tumban a las personas y yo no quiero que me roben. Luego cuadro una visita, llegan unos desconocidos con un camión, me amordazan y se llevan hasta las gatas. Aunque, sería peor que me robaran de frente, que viniera un librero a ofrecerme tres pesos por toda mi biblioteca o un amigo a darme migajas por el sofá. Y ni se hable de donar. Hoy en día todo tiene que ser nuevo. Si las cobijas tienen un roto, no gracias; si la mesa está rayada, no gracias; si la ropa está manchada, no gracias. Prefiero botarlo todo a una zanja y se acabó. Con eso no me roban ni me joden.

Mientras reposteaba su venta de garaje en Facebook, sonó el celular.

—¿Aló?

—Hola, Juan, ¿cómo vas?

—Bien, bien ¿y tú?

—Bien, vi que te vas ¿y eso?, ¿pa’ dónde?

—Me salió trabajo en otra ciudad. Hace una semana entregué la carta de renuncia y en un mes viajo.

—Qué alegría. Te felicito mucho.

—Sí, sí, es un mejor puesto. Me pagan el doble, la vida no es tan cara y allá todo está más seguro que acá. Y tú, ¿cómo vas?

—Bien. Pues sigo en el restaurante. Estoy tranquila.

—¿Y tus papás?

—Están bien. Se la pasan viajando. Ahora están en la finca con mis abuelos. Dicen que se quieren ir a vivir allá. También están con el rollo de la seguridad y los robos. Que la ciudad ya no es lo que era.

—Sí, está difícil la situación...

—...

—...

—¿Y las gatas?, ¿qué harás con ellas?

—Se van conmigo.

—Qué bueno. El cambio les hará bien.

—Eso espero. Yo ya estaba quemado en el colegio. Lo bueno es que ya salí de todo allá y solo me queda ver qué hago con el apartamento.

—Justo por eso te llamaba, Juan. ¿Lo vas a arrendar o qué tienes en mente? Porque mis padres se van pronto y yo necesito mudarme. Podríamos negociar el precio y hasta te compro algunos muebles. En el que estoy es muy grande y si me quedo sola, yo me quedo con dos alcobas vacías. Además, aquí no me alcanza, esto es carísimo. Veámonos, ¿te parece?

—Dale, de una. ¿Vienes o cómo hacemos?

—Sí, yo voy. ¿Qué día puedes?

—El fin de semana estaría bien. Con eso lo arreglo.

—Yo tengo turno esos días, ¿en la noche te queda bien?

—Me parece perfecto.

Ese sábado, Miranda llegó con un par de cervezas y dos pitas de vegetales. El apartamento se veía un poco más grande de lo que recordaba. Juan se había esforzado por limpiarlo. Muy temprano, había abierto la puerta para que las gatas se marcharan y había pasado la escoba lo mejor que sabía. El polvo no se había ido por completo, seguía arriba de las bibliotecas y tras el televisor, y sobre la capa de pintura nueva se empezaban a ver las huellas de las patitas de las gatas.

Antes de comer, Miranda se paseó por el apartamento y revisó de forma disimulada enchufes, switches, tacos y tuberías. Entró al baño y bajó la cisterna dos veces. Abrió y cerró las llaves del lavamanos y de la ducha. Arrastró los pies a lo largo del tablado falso del corredor y buscó irregularidades en el suelo. Se asomó al cuarto principal, la cama de Juan seguía destendida, había ropa en el suelo y un montón de hojas regadas en el escritorio. Ella prendió y apagó las luces tres veces, los focos seguían bien.

Para terminar la inspección, le pidió a Juan un cargador y probó las tomas de corriente con su celular. Todo en orden, pensó. Luego, entró a la cocina y le dijo —Enséñame a prender los fogones y caliento la cena.

Juan sacó dos sartenes del horno y le mostró.

—A veces el prendedor no coge y toca mover la hornilla. El calentador también tiene su maña. Toca darle dos o tres veces. O bañarse con agua fría. Aquí, lo que más molesta es el gas.

—Igual, una se acostumbra, ¿no?

—Sí, no es grave.

Al sentarse a la mesa, llegaron las gatas. El maullido hizo eco del pasillo del edificio al comedor. Juan les abrió y les sirvió la comida.

—Justo a tiempo —les susurró.

Las animales comieron rápido, se subieron al mesón y desde allí observaron a Miranda.

—Hola, lindas —dijo ella.

—Siguen haciendo daños. Es como si odiaran los muebles de esta casa. Las hubieras visto hace unos días.

Debajo de la biblioteca, un esfero se movía. La gata de manchas saltó veloz y tumbó un par de libros. —¡Casiopea! —gritó Juan—. ¿Ves?

Miranda solo se rio. Abajo, el perro ladraba.

—¿Entonces?

—No sé, ¿cuánto puedes pagar?

— Ochocientos. A mí me gusta. Pero, queda un poco lejos del trabajo. Hoy me tomó dos horas llegar hasta aquí. Además toca hacerle varios arreglos. ¿Te parece si los primeros meses pago los obreros para poner un calentador nuevo, estucar y pintar todo?

—Trato, pero me mandas los recibos. De paso te recomiendo cambiar las guardas y poner una chapa de seguridad. Ayer robaron a una vecina. Ella dice que le faltan los vestidos y unas joyas. Pero, nadie ha visto nada. Las cámaras no muestran a nadie entrando o saliendo y los celadores tampoco dan con lo que está pasando. Los vecinos ya empezaron a enjear y comprar sistemas de seguridad.

Antes de irse a la otra ciudad, Juan llenó el baúl de su carro con los libros y la ropa. También empacó el televisor y la cafetera. Había conseguido que le arrendaran un apartamento amoblado y luego de un año, tenía planes de comprarlo. Dejó que las gatas rondaran por el carro. Puso en un huacal la caja de arena y el otro lo llenó con comida y los puso en la silla de atrás. La mayor parte del trayecto, ellas irían sedadas. Sin embargo, no las quería enjaular y había cubierto las necesidades. Ocho horas en carro, si no se cuentan los trancones, era mucho para que los animales estuvieran encerrados.

Dio una última vuelta por el apartamento y bajó las cajas con los recuerdos y los útiles escolares que había recolectado en los últimos años. Allí tenía los regalos que había recibido; ceniceros, diarios, álbumes, cartas, cuadernos viejos, esferos y pisapapeles. Acomodó los recuerdos en el asiento del copiloto y dejó la caja con útiles al lado de las grandes canecas azules del edificio. Faltaban dos días para que pasara el camión. Si pasaba un reciclador, se beneficiaría. Estaba seguro de partir. Nada que lo retenía en la ciudad.

De salida, pasó por el restaurante en que trabajaba Miranda y le entregó las llaves.

—Ya dejé todo listo. Recuerda cambiar las chapas pronto.

—Gracias, Juan. Y ¿no te quedas a almorzar?

—No, perdona. Siempre tengo harto camino por delante. Prefiero comer cuando llegue.

—Dale, feliz viaje. Estamos hablando.

—Adiós.

De madrugada, las tapas de la caja se abrieron y los objetos volvieron al apartamento de Juan. Sin las gatas, la guerra había terminado. Las cámaras del edificio cerraron los ojos mientras la marcha de objetos retornaba. La caja vacía los siguió.

En el pasillo se cruzaron con un par de camisas manchadas que escapaban del apartamento del vecino. Tenían el cuello corroído y las axilas con grandes manchas amarillas. Los útiles escolares saltaron en señal de saludo y las camisas movieron las mangas, mientras indicaban a dónde se dirigían.

Adentro, el sofá volvió a pegarse a la pared de siempre. Las bibliotecas se reacomodaron, los pisapapeles cambiaron de estante y los libros también. Varias materas tomaron un nuevo lugar con vista a la calle. Crearon corredores de viento y les pidieron a las ventanas que dejaran fluir el aire. La vajilla se reacomodó. El oso de peluche salió de abajo de la cama, donde se había escondido al enterarse de que sería un año viejo para quemar.

Dos días duró la casa vacía, antes de que llegara Miranda. Dos días en que libros y esferos volaron. Las persianas se cerraron a los ojos de los curiosos y se abrieron al sol que necesitaron las plantas. Al final, todo ocupó el sitio que se le dio por orden del sofá.

3

A eso del mediodía, llegaron al apartamento de los padres de Miranda dos hombres, uno cercano a los sesenta años y otro más joven que parecía ser su hijo, ambos vestidos con bluyines grises y camisetas rojas manchadas de pintura blanca y yeso. Ella los esperaba con un par de cajas sobre el andén. Todas las noches de esa semana se había trasnochado empacando. Salía con un par de cajas del restaurante y llegaba, ya tarde, a alistar las cosas. En el clóset encontró cuadernos con las primeras recetas que había escrito y un par de diarios que la hicieron sonreír. También salieron collares y esferos a medio usar, colores mordidos por el estrés, bocetos en carboncillo que ya se habían borrado, fotografías recortadas y materiales más gastados que listos para continuar. Guardo mucha basura, pensó, y con calma decidió el destino de cada objeto que guardó ahí.

Mientras se parqueaban, les hizo gestos con el brazo. Estaba emocionada y quería llegar al nuevo apartamento de una vez.

—Perdone, señorita, es que había mucho trancón.

—No se preocupe —respondió Miranda—. Les toca por el parqueadero. Síganme por aquí.

Ella los guio. Por fin viviría sola. Nadie le reprocharía la hora de llegada o los malos hábitos nocturnos. Podría festejar o encerrarse, según su humor. Tendría el control del orden, las jornadas de limpieza, la vajilla y el televisor. Se imaginaba dormida en el sofá, en plena siesta de domingo al mediodía. Y se veía caminar por el barrio, con las compras en una mano y las llaves en la otra.

Junto a las cajas de mudanza, tenía dos cajas de donaciones y una serie de bolsas negras para la basura. No era la primera vez que limpiaba el armario. Pero, en esta ocasión no tuvo miedo de botar un dibujo o una foto. Ya no caben en mi vida, se decía. ¿Por qué habré guardado estos zapatos? ¿Y este peluche ya no aguanta una costura más? Lo que podía, lo rescataba. La ropa y los recuerdos más importantes. Pero, la mayoría terminó en la caneca y en las cajas para regalar. Chaquetas, faldas y pantalones que ya no usaba. Hizo una nota en su mente: “Octubre, ropa nueva”. Ahorraría un par de meses y en Halloween renovarían el clóset. Así, guardó únicamente aquello que la conmovió. Los recetarios con

los que abriría su propio restaurante, un dibujo de un pliego lleno de fantasmas hechos en tinta china, un cuadro hecho a grafito de un palomar abandonado, un portalápices de vaca y ropa para una semana.

La última noche, negoció con su madre qué se llevaría o dejaría de la vajilla. Quería el wok que le había regalado en el cumpleaños. Pero la madre le respondió “Lo que se regala no se pide”. Era una lástima. Puso en plástico de burbuja los platos hondos y los vasos desportillados, y usó periódico para los recuerdos. Se llevaría el horno pequeño y la moka. Tendría que comprar una arrocera y una olla a presión.

Tras los acarreadores, Miranda parecía la última hormiga de la fila. Ansiosa por llevar su trozo de hoja a casa y comer en paz.

Mientras tanto, la madre preguntaba “¿Ya subieron los libros?”, “¿Dónde está el televisor?”, “¿Qué hicieron con la matera?” Pero Miranda se encogía de hombros y respondía “Por ahí” o “Ya todo está en el camión”.

—Pon más atención, Miranda —dijo en voz alta. Para luego pegarse a su oído y susurrarle—, no quiero que te roben estos dos.

Miranda volvió a encogerse de hombros y le sonrió.

Vaciar la habitación no les tomó más de media hora. No había mucho que sacar. La cama, una mesa de noche y el escritorio. El padre había estado en el carro, detrás del camión, durante toda la operación. Vigilaba que subieran todo delante de él y que no fueran a romper nada. Observaba la manera en que los acarreadores ataban los objetos a la parte de atrás y esperaba que, con la mirada, los nudos quedaran mejor.

—¿Todo listo?— preguntó.

—Sí —respondió la madre, mientras subía un par de materas a los asientos de atrás del carro.

—Sí —respondió Miranda.

—¿Segura no quieres nada más?

—Segura.

Hicieron una caravana. La avenida estaba llena de autos y la fila de hormigas, que se había invertido, ahora tenía el auto de Miranda en la cabeza. Todos seguían a todos. Taxis tras

taxi tras buses tras particulares. Las personas compartían miradas de una ventana a otra, mientras esperaban avanzar. Algunos avivados cambiaban lentamente de carril. A veces, todo quedaba completamente inmóvil.

Por el manos libres, el padre de Miranda llamaba al conductor del camión y le decía. “¿Cómo va?”, “Aquí derecho”, “No se vaya a meter por la Sesenta y Ocho”, “Siga por mi carril”, “No se despegue que a este paso nunca vamos a llegar”. La madre también vigilaba el camión por el retrovisor. Cada que se metía otro carro en la fila, se impacientaba, martilleaba los dedos contra la guantera, torcía el cuello como un búho e intentaba voltear a verlos. Padre e hijo conversaban y se reían despreocupadamente en la cabina del vehículo.

—Diles que no vayan a tomar ningún desvío, así es que se roban las cosas. Bajan dos cajas y se acabó. Luego no responden. Diles que se queden en nuestro carril y que no dejen meter nada más —decía ella.

Y entonces el padre volvía a llamar y repetía por celular —Intente que nadie más se meta.

—Como ordene —le respondía el conductor. Pero, el carro de al frente al camión frenaba y otro taxi se metía a la fila, sin importar los pitos o las groserías de los demás.

Miranda no tenía prisa. Observaba las cometas que se elevaban desde los diferentes parques. Sentía el viento tras la ventana. Las aves de plástico tomaban más y más altura. Y ella volvía a pensar qué sería vivir sola por primera vez.

—¿Miranda?, estás poniendo atención. Por eso es que están robando tanto.

Lejana, una cometa con el rostro de un super héroe enmascarado se alejaba. Pasaba junto a una torre grúa azul que tenía una bandera y un logo amarillo con rojo, y se perdía entre las nubes. Imaginó a los padres de la niña. Le gritaban, “¿Cómo la dejaste ir?, ¿no sabes lo que nos costó?”. Ella lloraba y mostraba las manos rojas por la quemadura de la piola. En un último intento por ganarle al viento se había enrollado la cuerda a las manos y se había elevado poco más de un metro. Eso no importaba. Para los padres estaba la niña; la cometa, no.

Sobre la intersección principal, un taxista le gritaba a un policía de tránsito.

—Ya dio tres semáforos de vía, malparido, deje pasar. ¿No ve que hay prisa?

Miranda intentó seguir la ruta de la cometa en el cielo. Cada vez era un punto más pequeño. ¿A dónde irá a parar?, ¿será que se sigue elevando y sale del planeta, será que es capaz, siquiera, de tomar una corriente de aire que la saque de la ciudad? La cola se enreda en el ala de un avión. Llega, dos horas después, a otra ciudad. Antes del descenso, se suelta y cae en picada. Otra niña, igual a la que lloraba con las manos quemadas, la recibe. Al igual que la anterior, a esta también la regañan. “¿De dónde sacaste esa cometa?”, “¿A quién se la robaste?”, “Vas a tener que devolverla y te vas a disculpar”. ¿Devolverla a quién?, ¿a dónde?, ¿al cielo?, ¿a otro niño?

En la noche, la niña hace la maleta y se marcha de casa. Camina sin rumbo toda la madrugada. No sabe a dónde ir. Aprieta la cometa entre los brazos. Cuando sale el sol, piensa que lo mejor sería regresar. Pero ya está muy lejos, perdida.

En un parque eleva la cometa y le pide que la guíe, ella debe tener más idea de donde vino y una mejor vista desde el cielo. La niña amarra la piola a su mano y la sigue. La cometa vuela con las aves y conduce a la pequeña por las complicadas calles de la ciudad. A veces, advierte los peligros y la desvía. Nadie ve a la pequeña. No se cruza con policías o ladrones.

El camino se hace largo. Pasan por varios pueblos. En cada uno, la niña pregunta a los niños, “¿Esta es tu cometa?”, “¿Esta es tu cometa?”. Todos hacen gestos de desconcierto y responden que no. Por las tardes, ella se queda a jugar. Ordena a la cometa coreografías complicadas que esta las realiza en el cielo. Todos se asombran y le comparten lo que llevan. Una gaseosa, un Bonbonbum, unos Cheetos. Cuando le ruge el estómago fuertemente, un pan.

Cuando termina de preguntarle a los niños de un pueblo, ella vuelve a elevar la cometa y la sigue hacia un nuevo lugar. Dos años después llegan a la ciudad y al parque de donde salió la cometa. Allí siguen la torre grúa azul, el trancón aparentemente inmóvil y la niña con las manos quemadas.

—¿Esta es tu cometa? —le pregunta.

—Sí, sí, sí es.

Las niñas se abrazan. La que estuvo en la ciudad, no dejó de mirar al cielo ni por un solo segundo. Usó telescopios y binoculares. Había escapado de casa para recuperar la

cometa. Por fin, ambas podrán volver a donde sus padres. Ya la tengo, dirá una. La devolví, la otra.

Miranda también haría un viaje así. O, más bien, sería la cometa que se pierde. Volaría lejos, guiaría a los perdidos. Se escondería entre bandadas migratorias y conocería el mundo. Lo primero sería alejarse de los padres. No regresaría en un buen tiempo. Dos años, tal vez tres. Luego sí. Ya no sería la misma cometa y no la reclamarían como una propiedad.

—Miranda, mira que no hagan nada raro en el camión mientras busco unos papeles en la guantera —dijo la mamá.

Llegaron al apartamento cuando empezaba a anochecer. Juan no se había llevado nada. Había reordenado la sala y el pasillo. Sin embargo, todo estaba como Miranda lo había visto la noche que fue a revisarlo. Solo faltaba la ropa de clóset y un par de estantes de libros. Sin embargo, el olor a orines, la pila de loza, los ceniceros desacomodados, las materas con tierra regada y el viejo sofá contra la pared seguían allí.

—Juan, no te llevaste nada —le dijo por celular.

—No pude, no encontré a dónde llevarlo.

—¿Y no lo podías mover a un rincón?, ¿a la casa de un familiar o algo así?

—Estuve muy ocupado, Miranda. Mételo en el cuarto de ropas, que no es tanto. Si quieres, úsalos. Vacías el cuarto cuando se vendan las cosas y salió. Ayúdame a repostear las cosas en Facebook.

—Juan...

—Te llamo mañana que estoy ocupado —interrumpió y colgó.

—¿Qué te dijo? —le preguntó su madre.

—Que metiéramos todo al cuarto de la lavadora.

—Ay Miranda...

Ella no terminó de oír el reclamo de su madre y abrió un espacio en la esquina de la sala para ponerlo todo allí. Había imaginado recibir la casa vacía, dejar las cajas cerradas por un par de días y esa tarde salir a comer por el barrio. Pero, ya era de noche y el tumulto de cosas no la dejaba pensar. Tuvo que abrir las cajas que traía y desparramarlas en el

rincón para luego volver a llenarlas con los objetos de Juan. Libros, esferos, vajilla, fotos y todo lo demás.

—Mamá, sube las matas y pregunta si tienen más cajas.

Las tareas se apilaron en la mente de Miranda. Limpiar, empacar, barrer, hacer la cena. Ya estaba agotada del trayecto y no sabía por dónde empezar.

Los acarreadores subieron el trasteo en veinte minutos y dejaron los electrodomésticos en el cuarto de ropa. Apeñuscaron la lavadora contra la pared del fondo. También metieron la cama que estaba en el apartamento, el escritorio que Juan había dejado y las cajas que Miranda armó a la carrera.

—¿Movemos algo más? —le preguntó el viejo.

—No hace falta, yo mañana me dedico a ordenar. Vamos a revisar el camión.

Ya en el parqueadero, el papá de Miranda le dijo al viejo —¿Qué le debo?

—Ya les pagué —dijo Miranda.

—Vale —respondió y sacó un par de billetes para darle propina al conductor.

—Ustedes también se pueden ir —les dijo a sus padres.

—¿No necesitas una mano?

—No, igual mamá viene el martes. ¿No?

—Eso, cuídate mucho. Duerme bien.

Tres amigos de Miranda llegaron la tarde siguiente para ayudar. Uno era mesero en el restaurante donde trabajaba. Otra era una barista a quien había conocido hace mucho tiempo. Y la tercera era una amiga de infancia que se había mudado cerca hacía medio año. Miranda madrugó para limpiar el apartamento. No durmió mucho por los ladridos del perro de abajo. Todo amaneció más desordenado de cómo recordaba. Las materas estaban caídas y los cuadernos se desparramaban por toda la sala. La ropa estaba en el suelo de la habitación y varios objetos de Juan seguían rondando por ahí.

Antes de empezar, dio dos vueltas al apartamento. Se asomó a los diferentes cuartos e intentó priorizar. Limpiar era lo primero. Pero antes, hacer mercado. Salir, dar una vuelta al barrio, ver en dónde estaba cada tienda y conseguir Clorox y Fabuloso. Solo tenía ese día para dejarlo todo listo. Al día siguiente retomaría el trabajo y ya no tendría tanta energía. Solo le habían dado dos días de descanso y los tenía que aprovechar.

El barrio estaba solo. Únicamente se veían domiciliarios y celadores. Así como los obreros que cambiaban las guardas e instalaban rejas en los segundos pisos. El martilleo no se detenía. En la calle, las cámaras la siguieron y no tardó en intimidarse. Hizo las compras rápidamente en el supermercado y volvió. Más que calmado, el barrio le pareció desierto. Pegó el imán de una droguería a la que entró por un par de aspirinas y empezó a arreglar.

Movió todos los objetos y muebles al pasillo. Barrió la sala. Al pasar la escoba, sintió varios pegotes. La tierra no se movió mucho y quedó atascada en el piso. Ella sacudió los objetos que quedaron en el recogedor y los tiró al cuarto de ropas. Había migas de pan rancio y boronas de quien sabe qué. Al trapear, se formaron pequeñas gotas de lodo. Miranda respiró hondo y empezó a desilusionarse. Tal vez no debí irme, pensó. Pero esto es lo que quiero. Todos deben pasar por lo mismo.

—Y ustedes —les preguntó a los sofás—, ¿cómo se ensuciaron tanto?

Cuando terminó con los pisos, se dio cuenta de que se habían mezclado los objetos y ella no supo bien qué era de quién. Los libros y los recuerdos, las botellas vacías, los pisapapeles y las lámparas no tenían dueño allí. Todo podía ser tanto de ella como de Juan.

—Lo que faltaba —dijo para sí misma y rio.

Con cuidado, arrastró una mesita de noche al cuarto de ropas y dejó la otra en el corredor. Luego acomodó las plantas al sol y las regó con agua de la llave.

—Quédense aquí —les dijo.

Después fueron los muebles. Arrastró a la sala varias bibliotecas y las puso contra la pared. Acomodó el sofá verde y el sillón de espaldas a la cocina, les quitó los pelos de gata con cinta pegante, como había visto en un video. Con el pelo que sacó, podría haber hecho otro gato. Estaba sudando cuando sonó el timbre.

—¿En qué te ayudamos? —dijeron sus amigos.

—Lo primero es empacar.

Arreglaron durante toda la tarde. Miranda les contó cómo había recibido el apartamento y les pidió que la ayudaran a revisar las cajas que había metido al cuarto de ropas el día anterior.

—Creo que metí cosas mías y me faltaron cosas de él.

Para comenzar, vaciaron todos los estantes y los cajones de la casa. Los muebles del baño y de la cocina no se salvaron de la inspección. Botaron los alimentos viejos. Había un tomate con hongos en la nevera y una lata de atún que, por maravilloso que sonaba, tenía un par de meses de vencida. Luego, pusieron los libros sobre la mesa y dejaron las bibliotecas completamente vacías.

Poco a poco, hicieron las cajas. Preguntaban a Miranda qué era suyo y qué quería dejar.

—Me gustaría tener un solo mueble de biblioteca. Dejemos afuera los libros interesantes. También me gusta la figurita de ave, déjala aquí.

—Qué linda matera de vaquita —dijo una de las amigas, señalando el rincón de las plantas—. ¿Dónde la conseguiste?

—Gracias, la compré en una feria artesanal.

La vajilla de Juan quedó en una caja. Los platos de flores y el horno. Sin embargo, Miranda les pidió que dejaran el juego de ollas por fuera, pues a ella le faltaban varias y era cuestión de pasarles el bombril. También guardaron los cuadros que estaban colgados y las fotos que encontraron por ahí. Poco a poco levantaron varias torres de cajas en el cuarto ropa. Ya no se veían la lavadora, la cama ni el escritorio.

—Miren, un álbum.

Ya casi habían terminado de ordenar el pasillo cuando lo encontraron. Faltaban el baño y la habitación. Miranda estaba agotada y les dijo que terminaría después.

Mientras tomaban agua en la sala y se preparaban a irse, ojearon las fotografías. Todas eran del apartamento: recién lo compraron los abuelos en los años 60; varios cumpleaños y celebraciones; la ventana por la que se veía el árbol que recién habían plantado y ahora daba a la ventana del cuarto piso; la abuela junto al comedor que tenía una pared que lo dividía de la sala.

—Qué bueno que la tumbaron. Así hay más espacio.

—Y cambiaron el piso. Qué horrible se veía esa alfombra.

—Yo vi ese florero y la porcelana ahorita que guardábamos las cosas. Increíble que Juan conserve todo eso.

—Miren, aquí está recién nacido.

Era impresionante. En la última foto el apartamento estaba casi igual a como Miranda la había encontrado el día anterior. La mesa de centro torcida, el mismo sillón de tapizado verde contra la pared. Un poco más de medio siglo y el apartamento seguía casi igual.

Esa noche, Miranda soñó que todos los vecinos del edificio se mudaban al apartamento. Sonaba el timbre y cuando ella abría la puerta, los vecinos entraban con cajas en los brazos, desparramaban objetos en la sala y volvían a salir.

No sentía molestia. Al contrario, ayudaba a los más viejos. Señalaba lugares y objetos. Movía lo que le pedían, abría espacios y unía camas. El ajetreo era mucho y ella se sentía feliz. Pero, entre los rostros de sus nuevos compañeros, reconocía a la abuela de Juan. Una mujer de rostro seco y nariz caída cuyo poder era imponer su voluntad sobre los objetos.

Era la única persona que la incomodaba. Miranda quería sacarla. Pero, la vieja no se iba. Decía “Camas, cambien” y estas se movían de lugar.

Despertó incómoda y no reconoció el orden de las cosas.

En la tarde, la madre de Miranda llegó al apartamento con un par de velas, un ataito de yerbas, un menjurje ligero de color café, varas de incienso, un péndulo de piedra, dos pequeñas varillas metálicas en forma de ele que, cuando las empuñaba en paralelo, se abrían o cerraban según las energías del espacio, un ramo de salvia seca en cabuya y un palo de agua joven. Miranda le había dejado las llaves en la portería y se había ido a trabajar. Entró, acercó una planta junto a la ventana de la sala y empezó a vagar.

Le tomó quince minutos encontrar las olletas, que estaban debajo de la mesa del comedor. Tropezó con los libros dispersos por el suelo. Parecía que un animal los hubiera tumbado. Intentó ordenar un poco, pero cada que se agachaba a tomar un objeto, sentía una corriente que atravesaba su cuerpo y le advertía, déjame aquí. Puso a hervir agua y trasvasó el menjurje café a un atomizador. Sobre la mesa había herramientas y plantas, la vajilla estaba en el suelo de la cocina y todos los chécheres y jarrones ocupaban las poltronas y el sofá.

Mientras hervía el agua, recorrió el apartamento y esparció el líquido café. Luego sacó un poco de agua de la olleta para un té y dejó el resto hirviendo con el atado de hierbas. Reacomodó un par de cojines y se sentó. La energía del lugar le daba mareo. Pero, todavía no podía abrir las ventanas. Tenía que dejar que los vapores absorbieran algunas energías y luego sí dejarlas ir.

Terminó el té con calma, respiró hondo y empezó. Volvió a recorrer el apartamento. Esta vez, tomó por punto de partida la habitación. Prendió un ramo de salvia, se persignó y empezó a caminar. Con los pies, empujó las cobijas que estaban regadas al borde de la cama. El olor a clavos y canela del líquido café se mezcló el humo y la sensación a guardado y polvo. El ambiente se puso denso. Pasó al baño y dejó rastros de humo en la ducha; a la sala, sobre los muebles; y a la cocina, sobre los electrodomésticos. Ahumó las cortinas. Murmuraba una y otra vez la misma oración. “Bendice este hogar, bendice este hogar, bendice este hogar, el que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Señor, bendice este hogar, esperanza mía y castillo mío, mi Dios en quien confiaré”.

Luego de recorrer el apartamento, entreabrió la puerta del cuarto de ropas, pero las cajas no la dejaron entrar. Asomó el brazo y metió el ramo de salvia. Hizo algunos movimientos y dejó que el humo se asentara allí. Al sacar el brazo, empujó una caja y sintió varios efecto dominó. Al fondo, las cosas se caían. Ojalá no se haya roto nada, bendice este hogar, pensó. Este será el cuarto que necesitará más trabajo.

—Acumular las energías así no está bien —dijo—, bendice este hogar.

Volvió sobre sus pasos, esta vez pudo levantar varios libros y los dejó en la repisa de la biblioteca. Encendió una vara de incienso en cada habitación, dos en la bodega improvisada. En el baño, se quedó de pie frente al espejo. Seguía mareada. ¿Seré yo?, se preguntó. Colocó la mano derecha sobre el vidrio e intentó acariciarse. Todavía falta. El humo la alejó del reflejo. Aquí hay mucho qué hacer. Esta vez oró a los ángeles y les pidió por la protección. Sabía orar a todas las criaturas que rondaban los hogares. Sabía cómo lidiar con duendes, fantasmas, almas en pena, apariciones, ángeles y demonios.

Cuando las varas terminaron de quemarse, abrió las ventanas y usó el péndulo. Apretó la cuerda entre el pulgar y el índice, y permitió que el diminuto obelisco de piedra se balanceara de aquí para allá mientras preguntaba en su mente ¿Hay algo mal en la casa?, ¿Le irá bien?, ¿Estará protegida? La roca cambiaba de dirección y respondía a cada

pregunta. En la sala, la matera que había traído se giraba lentamente para que el último rayo de sol de la tarde diera en las hojas olvidadas del palo de agua. Poco a poco, el péndulo dejó de girar. Bien, le diré. Hizo un encocadito con las manos y guardó su amuleto, ya sin energía, en la cartera.

Terminé, le escribió a Miranda. Se lavó la cara y acarició el reflejo en el espejo. Estaba agotada. Una migraña comenzaba a aparecer.

—No pude limpiarlo todo, lo que te puedo decir es que no son fantasmas. Tal vez es el tiempo empotrado. Tienes que ordenar el apartamento y quemar incienso. Luego vuelvo. Lo más importante es que hoy, antes de dormir, te concentres en una intención, en lo que quieres para este hogar.

—Está bien, má. Gracias.

4

El esfero forcejeó con la cartuchera. Hundió la punta contra el borde de la cremallera y, con gran esfuerzo, la abrió. Varios lápices y borradores salieron despavoridos y se regaron por la caja en que estaban guardados. La cartuchera saltó de un lado a otro. Abría y cerraba su boca mientras volvía a guardar los implementos que se habían escapado. El esfero se escondió bajo un cuaderno y huyó por un pequeño hueco en la esquina de la caja.

Rodó por debajo de la puerta del cuarto de ropas y recorrió el apartamento que, poco a poco, se reacomodaba. Miranda dormía profunda. La colcha le apretaba la espalda y la consentía suavemente. Simulaba el peso de una mascota. Miranda soñaba con movimientos de cajas y grandes camiones en los que vivía la gente. Estaba intranquila por los ladridos del perro de abajo. Las cobijas la calmaban para que pudiera seguir durmiendo. Cuando sentía frío o malestar, la cobija le acariciaba el cuello. Cuando sentía calor, se quitaba.

Desde el alféizar, el esfero veía el parque. El sube y baja jugaba con suavidad, los columpios se mecían. En el edificio de al frente, un gato vigilaba los movimientos de la madrugada. La ventana se abrió y el esfero cayó suavemente. Sintió el golpe seco del cuaderno que lo había seguido. La caída fue veloz y las cámaras de seguridad no captaron el movimiento. Solo el gato se alteró y arañó la ventana como si fuera una alarma.

El esfero avanzó con el viento. Simuló ser empujado por la brisa y se arrastró por las calles del barrio vacío. El cuaderno copió a una paloma y voló hasta los techos del bloque de edificios del que había salido. Ambos objetos avanzaron con cuidado. Se detenían al paso de la moto, a la vista de las cámaras y al ladrido de los perros. Continuaban solo cuando la calma era lo suficientemente profunda como para taparlos.

A veces, el cuaderno bajaba y el esfero empezaba una danza vertical en la última página. Así, trazó el mapa del recorrido que hacían y lo repasó varias veces. De la ventana a la plaza, de la plaza a la iglesia, de la iglesia a las canchas de tenis y de ahí al banco. Luego, una línea recta hasta la carrilera y, al final, la biblioteca que los esperaba.

Pronto, el cuaderno y el esfero llegaron a las mesas de estudio. Los guardias de seguridad dormían.

—¿Quién va a robar un libro de madrugada? —le preguntaba el jefe al muchacho que recién había empezado la rotación. Ambos se turnaban para dormir y, entrada la noche, se recostaban uno contra el otro. A veces, murmullos de múltiples aleteos y zumbidos extraños los asustaban.

—Esos son los libros que no se callan —volvía a decir el jefe—. Dé una vuelta y no les haga mucho caso. Se callan cuando uno pasa a su lado.

El muchacho patrullaba los pasillos, seguía los ruidos que saltaban de una sala a la otra y, al no encontrar nada, volvía a dormir. Jamás había visto un libro volando. Creí que eran las energías que guardaban los textos y que al jefe le gustaba bromear.

Aquí es, pensó el esfero. El cuaderno se abrió sobre la mesa y él empezó. *Juan*. No debería empezar por el nombre. La línea de apertura tiene que ser contundente y ningún nombre lo es. Tachó. *El primer robo de Juan fueron las uvas del supermercado*. La primera línea no puede ser el primer algo, volvió a decirse. Es demasiado obvio. Tachó otra vez. Con cuidado, el cuaderno dejó que la página se desprendiera y volara lejos de los libros. ¿Cómo empiezo?, pensaba el bolígrafo mientras recordaba su corta vida.

El niño al que lo habían vendido tenía fama de perder esferos. Él los prestaba y olvidaba a quién se lo había dado.

—¿Y el esfero? —le preguntaban sus padres al regresar del colegio.

—No sé, se me perdió —les respondía.

—Es el quinto este trimestre. Lava la loza y arregla el cuarto si quieres otro.

—Está bien.

Él había durado solo una tarde entre los útiles del niño. Al final del día, lo había dejado caer al suelo del salón y un profesor lo había robado. Juan tenía esa mañana. Hacía una ronda y metía en una cartuchera los útiles que encontraba. Había comenzado como una especie de caja de objetos perdidos. Pero, ningún niño los reclamaba. Solo quienes eran regañados en la casa se preocupaban por lo que habían perdido. Y eso, pues muchos niños olvidaban los regaños o preferían jugar en el descanso, en vez de recorrer los pasillos en busca de un lápiz o un borrador. Así, Juan empezó su colección. A los dos años de estar en el colegio, tenía cinco cartucheras llenas y al finalizar el año escolar repartió los útiles

entre sus compañeros, quedándose con los más bellos. Un marcador que olía a fresa, un borrador con forma de balón, un par de esferos con bordes dorados y un lápiz con la mina gruesa de varios colores.

El recorrido por las aulas se convirtió en rutina. Todos los días, luego de que los estudiantes se fueran en las rutas, daba una vuelta por el colegio y recogía los útiles que le llamaban la atención. Alguna vez llegó la nota de una madre preocupada. “A mi hija le faltan cinco colores, creo que los tomaron sus compañeritos”. Él mismo respondió: “Ya buscamos. No encontramos nada. Toca trabajar responsabilidad y orden en casa”.

Esa era la historia que quería narrar. Se irguió, como si estuviera en la mano una calígrafa y comenzó a escribir.

Cuando llegué, cavé hondo. Tenía una pala nueva, una gran escalera y un balde para tierra. ¿Va a enterrar a alguien?, me preguntó el cajero del Homecenter. A mí, respondí con una sonrisa. No creo que se lo haya tomado en serio pero, ¿qué más podía hacer? El dinero se me estaba acumulado y las llamadas de banqueros y estafadores se hicieron más frecuentes. Tiene un crédito aprobado; Tiene un multa a su nombre; En nuestra base de datos reporta que debe quince millones. Yo ya pagué todo en esta vida. Trabajé como burro y ahorré. No tuve hijos, así que no tengo deudas, y mi pareja murió hace años. Lo peor fue cuando me llamó el abogado. Me dijo que era de una agencia que se encargaba de arreglar todo y que podía ayudarme con mi situación. ¿Qué situación?, le pregunté. ¿Ya hizo su testamento? No quiera Dios, el día de mañana se muere. No, él no quiere y yo tampoco, qué esté muy bien. Pero, me hizo pensar. ¿Qué pasaría con el apartamento o la camioneta?, ¿eso se lo puede quedar el Estado? A mi alrededor, todos están muertos o idos. ¿Quién va a notar mi muerte?, ¿quién se hará cargo de mis cosas? Nunca he querido que mi muerte se note. Pero, si llega, quiero que todo esté en su lugar.

Vendí el apartamento y compré una finca a las afueras de la ciudad. Arriba y al fondo, después de unas cuantas montañas. También vendí la camioneta y me alquilé un furgón. Tracé mi plan en cuestión de segundos. No sé si fue un recuerdo de cuando era niño y leí sobre los faraones o si fue un documental sobre mafiosos y sus tumbas. Pero, decidí que me enterraría con todas mis pertenencias. No le dejaría nada a nadie. Sacaría

todo mi dinero del banco y los objetos, apilados dentro de un camión, se irían al fondo de la tierra, conmigo a su lado.

Todo lo hice en menos de un mes. Vacíé mi apartamento el último día de cualquier mes. Vacíé mi cuenta bancaria y cerré todo trato con banqueros. Compré una pala, una cubeta, una carretilla y una escalera, y me vine a morir.

Lo primero fue la instalación. Podé un gran terreno, lo suficiente para que el camión y yo cupiéramos sin incomodidad. Instalé un botadero de tierra para el final de las jornadas. Dejé la escalera al borde del hueco y cavé. Cavé y cavé.

Los días eran lentos. Me despertaba temprano, como todos los viejos que ya no pueden dormir. Bajaba al pueblo por un café y un par de huevos. Me decía, esta tarde es. Subía y volvía a cavar. Avanzaba quince, máximo treinta centímetros. Estrellar la pala contra las piedras me destemplaba el cuerpo y me obligaba a frenar. Estiraba mi cuerpo con videos que veía en el celular. Las llamadas las rechazaba. Cuando me sentía mejor, volvía a empezar.

Me tomó un mes y llegaron los primeros recibos. El agua de las duchas que había tomado y la luz con la que cargaba mi celular. ¿Para qué pagar?, si ya me iba a enterrar. Bobos hijueputas que me cobran. De verdad, no se enteran de nada. Pero, ¿y si por no pagar los servicios se quedan con la casa? Eso no. A mí nadie me quita este terreno. Tengan sus cincuenta mil, le dije al tendero del pueblo en el Pagatodo, si quiere quédese con el cambio, o yo lo abono para que no me jodan más.

Me tocó bajar las cosas del camión, meterlas a la casa y volver a la ciudad. En la oficina de Acueducto creyeron que estaba loco. Mire, yo solo quiero saber cuánto tengo que pagar para que después de muerto no me quiten la propiedad. Señor, si usted muerte y no tiene herederos la casa entra en liquidación. No me está entendiendo, yo no quiero eso. ¿Y quién se queda con la casa, entonces? Nadie, yo, mi cadáver, quiero que sea mi cementerio o un lugar al que no se puede pasar, eso da lo mismo. Lo importante es que no sea de nadie más. Yo pagaría todas las tarifas de una vez, le dije. Dejaría todo listo por cien años. Luego, imagino, se declarará patrimonio o una idiotez así. Eso no lo podemos hacer, me respondió. ¿Cómo que no?, es mi propiedad. Sí, pero los muertos no poseen cosas. Eso es de los vivos.

Salí tan bravo. Ahora tendría que conseguir un abogado y apelar. Haciendo cuentas imaginarias, los gastos ascendieron a los dos mil millones de pesos. Yo no tenía ese dinero. Mi plan estaba subiendo de precio exorbitantemente y se estaba retrasando más de lo adecuado. ¿Y si daba todo a una caridad? Pero, con la corrupción aquí no se puede dejar nada. Ni siquiera se puede confiar en las parroquias. Luego uno ve al pastor en un Mercedes y queda con la cara de idiota. Y si no te joden de una, quinientos años después llegan unos huaqueros y lo hacen ellos.

Volví a subir y seguí con el hueco. Llegué a los tres metros de profundidad. Hice tres de largo y cinco de ancho. Era una obra maestra. La tumba de un faraón. Entonces subí las cosas al camión, los implementos de la excavación y todo lo que hubiera en la casa. Me tomé la libertad de sacar algunas tuberías, las porcelanas del baño y hasta las ventanas.

Al dar reversa, sentí un vacío horrible. El camión estaba a punto de entrar al hueco y preví que me volcaría. Aceleré y tomé aire. Tenía que hacer una rampa. ¿Cómo lo iba a botar?, ¿Cómo me iba a botar? Mucha bestia.

Esa noche dormí en el piso. Las piedras que sentí en mi cabeza, las guardé en el camión. Me tocó bajar a pie a la ciudad. El abogado que me recomendó un amigo me dijo que lo mejor era desconectar todo. Hacer que cancelaran los servicios y asegurarnos que no estuviéramos en sus sistemas nunca más. Luego, pagar los impuestos por el lugar. Con eso, ya nadie podría joder.

Además, tendríamos que cerciorarnos de que no le debiera plata a nadie ni a nada. Piense en todas las personas a las que les debe, me dijo. Hasta por plata para una empanada puede llegar alguien a reclamar su deuda y, como ya no hay nadie que lo vaya a defender, usted pierde todo. Me quedé en un hotel, compré un block de notas amarillo y un esfero negro bic de ochocientos. Muy barato, le dije a la de la papelería. Gracias, y me fui.

Recordé mi primer robo. Fueron un par de uvas cuando era niño. Tenía ocho o nueve años y veía que todo el mundo lo hacía a mi alrededor. Arrancaba uvas o sacaba un par de moras del congelador y se las comía en el pasillo del supermercado. Yo quise probar. Tomé dos mientras esperaba que mi madre llenara su bolsa de tomates. La primera me la comí en el pasillo de las gaseosas. La segunda, por la panadería. Ambas me supieron

deliciosas. Creo, hasta este momento, que son las uvas más ricas que probé en la vida. Entonces, insistí a mi madre que lleváramos el racimo. Hice pataleta en la caja. Que yo quería las uvas, que sabían muy bien. En la casa, las dejé podrir.

El problema es que la tienda ya no existía. Eso había sido en un Ley. Y el Ley ya no existía. La había adquirido el grupo Éxito en una jugada empresarial por el monopolio de los supermercados. Así que les debería pagar a ellos.

El funcionario que me atendió para saldar esa deuda era igual al hombre del Acueducto, lleno de incredulidad frente a mis palabras. No le vamos a cobrar dos uvas que se comió hace más de cuarenta años, no se preocupe, me dijo varias veces. Yo sé cómo son ustedes, le respondí, dos uvas por una casa, son una manada de ladrones, mi abogado me dijo que les pagara y así lo haré. Puede donar ese dinero a nutrición infantil. No, yo no quiero donar el dinero, yo quiero pagar mi deuda, cóbreme las dos uvas y no joda. Luego discutir por una hora, aceptó. Bajamos al supermercado y pesó la fruta. Cuarenta y ocho pesos, dos que yo doné. Eso fue lo que tuve que pagar.

Luego, regresé al hotel. No podía recordar qué más debía. Tendría que llamar a los amigos que me quedaban vivos y preguntarles, hacer un inventario de mis deudas. Además, tenía que cavar la rampa para que entrara el camión, salir de las bases de datos de las empresas de servicios, meter el camión, volver a poner la tierra y enterrarme con todo. Ahí, empecé a preguntarme si valía la pena mi plan.

Por segunda vez, bajé las cosas del camión. Quería ver si había algo que no fuera mío. Hubo un par de cosas que reconocí como prestamos no devueltos. Cosas pequeñas. Un juego de copas que trajo una amiga para un cumpleaños; un libro sobre comunicación que se titulaba ¿Cómo es la movida chueca?; una cobija que se había quedado en mi carro luego de un campamento; una bufanda que me habían prestado; una sombrilla, varios tupperts y un cd. Todo lo tendría que devolver.

Llamé a mis amigos. Por redes, contacté a los hijos de quienes ya habían muerto. Tuve que insistir en devolver todo. Tomémonos algo y te doy la sombrilla. Veámonos. ¿Puedes este mes? Te lo envío por correo, dame tu dirección. Pero, debes confirmarme que lo recibiste.

Mientras tanto, adelanté la rampa por la que bajaría el camión. Todas las noches intentaba recordar qué más debía. En las reuniones que tenía con mis conocidos pregunté varias veces. ¿Recuerdas si le debo a alguien? También visité a mis compañeros de trabajo y contacté a las oficinas de recursos humanos y las tesorerías de los lugares en los que laboré. Podrían darme otro paz y salvo, por favor. Todo lo guardé en una carpeta y el día que me sentí seguro lo mandé a notariar.

Al final, compré el camión. No podía alquilarlo toda la vida ni lo pensaba devolver. Me creí más vivo que la compañía cuando decidí pagar un mes y enterrarlo, y ahora les estaba pagando una multa y no sé qué cosas más. Como un idiota quedé yo.

Al finalizar el segundo mes llegaron los últimos recibos. Esos días me hicieron la desconexión. Me quedaba poco dinero pero ya estaba a punto de completar mi plan. Bajé el camión, tapé la rampa, bajé con cuidado las escaleras y me empecé a sepultar. ¿Debería dejar que todo cayera de golpe o enterrarme lento? La alegría de haber pagado cada objeto, tener los impuestos al día y poder morir en paz me dio la fuerza necesaria para terminar. Golpeé la pared de tierra y un pedazo de tierra me cubrió los pies. Debajo de mí quedó la escalera.

Di un segundo golpe y sentí que la casa vibró del cimbronazo. ¿Qué pasaría cuando yo no estuviera? Seguro la ocuparían los vagos del pueblo. Imaginé las paredes con grafitis y olor a mariguana. Saqué mis pies de la tierra y empecé a agrandar el hueco en dirección a la edificación. Me tomó un buen rato y no fue fácil lidiar con la tierra, pero llegué al borde de la entrada, di un golpe seco y me corrí. La casa colapsó y cayó a mi tumba. Me sentía todo un faraón. El terreno era mío y me acompañaría en la muerte.

Entonces pensé, mejor hago de todo esto un hueco, no sea que un turista pase y entre a tomar el sol en mi pasto. El piso es mío y conmigo se va. Así, emprendí la tarea de sepultar todo el terreno de la casa. Agrandé todas las paredes de mi tumba y tiré la tierra en un rincón. Mi tierra, mi pasto y mi palo de feijoas, todo estaba allí.

En la noche hizo fresco. Dormí bien, estaba agotado. Esperé no despertar de nuevo. Pero, ¿quién me enterraría? ¿Y si venía un buen samaritano a echarme tierra encima?, seguro cobraría un alta tasa funeraria que me dejaría sin hogar. No lo permitiría. Tenía que despertarme y enterrarme yo mismo. Ya lo sabía, todos eran ladrones, todos querían mi dinero. Pero ya lo había pagado todo. Es más, era a mí quien me debían. Un

compañero de la oficina, por ejemplo, tenía la calculadora que le había prestado y nunca me regresó. Pudo pagármela o reponérmela. Pero, se hizo el loco y no la devolvió. ¿Qué más me faltaba?, ¿por qué otra cosa debía salir? Yo me quería enterrar con todo y no dejar nada al azar.

Salí del hoyo y di una última vuelta por la ciudad. Esta vez, llamé a todos y les pregunté lo contrario a lo que les había preguntado. ¿Tienen algo mío?, ¿alguien me debe o se quedó con algo de mí? Nadie me dijo que sí. ¡Mentirosos! Pero, los haría pagarme. Si me iba, no me iría así no más con las manos vacías.

Volví al hueco y lo hice crecer. Metí la montaña para quedar a mano con el gobierno y todo lo que me habían robado sus funcionarios. Metí la carretera hasta la ciudad y sus dos peajes. Manada de ladrones, pensé, jamás habían reparado las vías y me habían cobrado. Así quedábamos a paz. Todo caía fácil. Ya me había acostumbrado a cavar y lo hacía mejor que una bulldócer. La gente caía e intentaba detenerme. ¿Qué hace, viejo loco?, me gritaban. Cavo mi tumba. Me entierro como un faraón, respondía yo.

Cuando terminé, toda la ciudad quedó sumida en mi gran sepulcro. Era más grande que el propio Amenhotep IV. Los edificios habían colapsado. Bancos, centro empresariales, tiendas y hospitales, todos nidos de corrupción. Abajo, la gente se peleaba y discutía. Yo les explicaba que las deudas se habían acabado y que no tenían por qué pelear. Algunos se alegraban y se unían a mis esfuerzos, cavaban sus tumbas dentro de la mía. Otros me insultaban y salían huyendo a otra ciudad. Alertarían de mi llegada inminente, pues me había convencido de que lo único justo era hacer una gran fosa para enterrar todo el país. Es más, iría a Egipto a enterrar las pirámides. Así, me enfilé a la costa junto a mi ejército de excavadores. Ya no habría vuelta atrás.

El esfero terminó de escribir al amanecer y en el apartamento de Miranda los muebles se habían vuelto a acomodar.

5

Los trancones en la ciudad estaban cada vez más complicados. Día a día, las filas de autos se alargaban y los semáforos tomaban más tiempo. El ruido de los pitos era ensordecedor. Muchos conductores se pasaban en amarillo y congelaban intersecciones completas. Otros creaban filas nuevas y dejaban poco menos de cinco centímetros entre carro y carro.

Los paraderos de bus estaban llenos y nadie caminaba más de cuatro cuadras. De la casa a un poste y de otro poste al destino. Miranda salía de su casa una hora antes del turno, hora y media, dos horas, se subía al bus lleno, avanzaba hasta la parte de atrás, dejaba caer la maleta debajo de las piernas y observaba por la ventana, colgada del barandal. ¿Quién compraría un carro nuevo hoy en día?, se preguntaba. Se imaginaba en un concesionario. Un vendedor se acercaba y le hablaba de las comodidades de los nuevos asientos, los vidrios reforzados para evitar el ruido, las conexiones de celular vía bluetooth para escuchar lo que ella quisiera y el bajo consumo de combustible. Le mostraban diferentes carros, o eso decía el vendedor, pues en su mente todos los carros eran el mismo auto gris de esquinas redondeadas, maletero enorme y cuatro incómodos puestos.

El bus avanzaba lento. Podría caminar y ganarle al vehículo. Pero caminar hasta el trabajo sería inconveniente. No se imaginaba sumarle una hora de caminata a su día. Suficiente con tener que estar todo el turno de pie. Tal vez pida la bicicleta, se decía. Me tocaría esforzarme físicamente, pero por lo menos iría sentada.

Miranda no era la única en llegar tarde. Por más que salieran con dos horas de antelación, todos sus compañeros llegaban una hora después de la acordada. Los clientes, igual. Los almuerzos se hacían a las cuatro de la tarde. Las reservaciones de siete, eran reservaciones para las nueve o las diez. Y el trayecto de vuelta era peor. Todos dormían en los buses. Las luces blancas y amarillas ayudaban a la ensoñación. Entonces un hueco o una curva despertaba a cualquier pasajero que miraba por la ventana, asustado, para confirmar donde estaba y verificar que solo habían avanzado un par de cuadras.

—Lo mejor será mover los horarios —decían sus compañeros—. O acortar las horas de servicio.

Miranda llegaba agotada a su casa. Botaba la maleta desde la puerta de entrada a la sala, dejaba la ropa por el pasillo y se acostaba a dormir. Quería ver películas o leer un libro. Pero, el cansancio siempre ganaba la pelea.

A veces intentaba leer en el trayecto. Descargó películas en su celular. Pero entre codazos y la constante amenaza del robo, prefería guardar silencio e imaginar otra vida. Un restaurante más cercano, una casa rodante o una cometa que se iba.

En el restaurante el ambiente estaba tenso. Desaparecieron un par de vasos y la vigilancia aumentó. Cerca, varios locales habían cerrado, pues les habían robado toda mercancía. No quedaba qué vender. Tampoco, cómo.

—Ya no solo se roban el dinero —decían los saqueados en las noticias—. Hasta se llevan la caja registradora.

La jefa, en medio del pánico, obligaba a hacer inventario todas las noches. Después de limpiar, los meseros debían contar platos y vasos, y en la cocina Miranda debía llevar un estricto registro de ingrediente e implementos. También se había contratado un nuevo sistema de vigilancia, con cámaras que pasaban video en tiempo real a la dueña del local.

—Si ven algo extraño, me dicen —repetía, cada que los visitaba. Pero, desde la instalación de las cámaras, se comunicaba por wassap y los veía de lejos.

—Lo bueno es que no tienen audio —bromeaba el mesero—, o no podríamos hablar.

Pasaron dos semanas antes de que Miranda tuviera pudiera volver a descansar. Estaba agotada. Abajo, el perro que ladraba en las noches no la dejaba dormir en paz. Además, los vecinos martilleaban hasta altas horas de la noche. Pero, nadie decía nada y ella no quería ser la primera en mandar la policía y ganarse el odio del edificio.

En los días se llenó de trabajo y tuvo que quedarse hasta tarde sacando los pedidos que hacían por las páginas de Internet. Al domiciliario le tomaba mucho tiempo ir y volver con la comida. Ya no tenía cómo culebrear, pues las calles estaban llenas y además de la cajuela, tenía que cargarse con una gran maleta toda llena de comida. Mientras hervían los ingredientes, Miranda veía los pocillos. Sentía que vibraban con el temblor de los motores que pasaban. Afuera, la fila de carros era la misma. Gris tras gris, pito tras pito.

En el restaurante tuvieron que adoptar una nueva modalidad de Drive thru. Llame y cuando llegue se lo entregamos. Cada vez eran menos las personas que comían en el local. Y como no había parqueadero, tenían que estar pendientes de los autos que avanzaban por la avenida. Miranda se distraía con los empleados que caminaban entre los carros y entregaban el pedido. Pensaba que la calle era un laberinto en el que se perderían los meseros. Las paredes se movían lento y ya no podían regresar por entre el capó y el baúl por el que habían llegado. Allí también se movían vendedores de bebidas energizantes y mendigos.

Ese día, Miranda notó que el apartamento había vuelto a la incomodidad con que lo había encontrado. El sofá verde de dos puesto había vuelto a estar contra la pared y varios cuadros que ella misma había guardado estaban colgados. Durante esas semanas, su madre había venido a limpiar varias veces. Tal vez ella había movido algo por el *feng shui*. Ya le había dicho en un par de ocasiones que todo estaba bien., que podía dejar de venir Pero ella insistía en que el ambiente estaba pesado y que debía reacomodar.

Miranda dudaba de su madre. Sabía que tenía el don. Pero, en ocasiones, había usado los instrumentos que tenía para guiarle la vida. Le había dicho qué trabajos y qué caminos le convenían y cuáles no. Tal vez eso hacía en el nuevo apartamento.

Decidió llamarla. Le pediría que no reacomodara más. Que no le moviera el sofá. Pero, al timbrarle, oyó el celular en el cuarto de ropas. Abrió y allí estaba el aparato. Las torres de cajas estaban más bajas. Sin embargo, ¿cómo saber qué faltaba?, ¿se habría llevado algo su mamá?

Llamó a su padre. El teléfono de la casa timbró varias veces. Nadie contestó. Seguro habían salido. Le dejaría una nota a su madre. Un papel en la nevera que ella pudiera ver la próxima vez que viniera.

¿Te llevaste algo?, escribió, Recuerda que las cosas son de Juan. Él las quiere vender. Tomó fotos y sabe lo que tiene. Por favor, deja de mover las cosas.

¿Debería llamar a Juan?, tal vez después. Tenía que aprovechar la tarde y, al tiempo, descansar. Los delantales estaban demasiado sucios y casi no tenía ropa interior. Sin lavadora, tenía que ir a algún sitio a lavar la ropa. Además, quería ver una película que le

habían recomendado y conocer el barrio. Almorzar por fuera, tal vez, o irse a tomar un café. En la noche volvería intentar llamar a sus padres y, luego, a Juan.

Metió toda la ropa en una bolsa negra y salió a la plaza del barrio. Las bancas estaban vacías, la fuente tenía un par de palomas que se refrescaban y en los locales todos trabajaban diligentemente. Las clientes salían de los autos, entraban a las tiendas, hacían las vueltas que tenían, volvían a los carros y se iban apurados. Nadie caminaba por allí.

Los guardias de seguridad no le quitaban los ojos de encima a Miranda, que entraba y salía de las lavanderías cotizando la lavada. Los precios estaban por las nubes.

—¿Ciento veinte mil el talegado?, no, gracias.

Le dieron la misma tarifa en el Lavaseco, en el Ropa Limpia y en el Lavaexpress. ¿Será un buen precio? Jamás había lavado la ropa fuera de casa. Pero, no podía costar tanto.

Al lado de la fuente, un celador en motocicleta se le acercó.

—¿La ayudo en algo, señorita?

—No, yo vivo aquí. Estoy buscando donde lavar ropa y un lugar para almorzar.

—Y ¿qué le dijeron en las lavanderías?

—Nada, estoy comparando precios.

—En la segunda etapa hay una pareja de viejitos pensionados que lavan la ropa, vaya y les dice a ellos —le dijo el celador y antes de alejarse le recomendó cuidarse, pues estaban robando en el barrio.

Ya todas las ventanas de los segundos pisos estaban enrejadas y los obreros comenzaban a poner las barras metálicas en los terceros. Nadie salía. Solo faltaba ella por cambiar la chapa. Pero, por eso mismo ¿cómo la iban a robar si casi no había personas? Solo cámaras y guardias de seguridad. ¿Pasarían en moto y le raparían la ropa? Igual, era una bolsa negra, pensó, bien podría ser basura que bajé. Bien podría dejarla en una caneca e irme. Tuvo el impulso. Se acercó al bote. Dentro, vio varios recibos de restaurante, un par de botellas de gaseosa, aguja, hilos y una sombrilla. Mejor no.

El apartamento de la pareja de pensionados quedaba escondido entre los edificios de la segunda etapa del barrio. Para entrar había que caminar por una de esas calles sin salida, bordear el que parecía el último edificio y pasar por un jardín abandonado en donde las plantas crecían rebeldemente.

Adentro, varias cuerdas atravesaban y conectaban todas las habitaciones. En ellas colgaban cientos de prendas. Chaquetas de todos los colores iban de la cocina a la sala. Los bluyines se tomaban el pasillo. En el baño estaba la lencería.

Los viejos caminaban entre la ropa. La mujer cargaba cestas de ropa enormes que llevaba a la cocina. Luego de vaciarlas en una vieja lavadora, salía por más. Con cuidado, el hombre descolgaba una prenda, la llevaba a una mesa que tenía junto a la ventana y, mientras miraba el jardín, le hacía arreglos y costuras.

Miranda entró apenada. Abrazaba la bolsa de ropa y miraba con curiosidad todas las prendas que había allí. ¿De quién sería cada cosa? Nada tenía marquillas o etiquetas para distinguirse. Los viejos debían tener muy buena memoria. Igual, casi todo el edificio le confiaba la ropa. Era demasiada.

Al fondo del pasillo, creyó ver un saco vinotinto con un par de coderas de cuerina café que le había visto a Juan y, junto a este, una chaqueta de jean con parches de bandas de rock le recordó la época en que fue universitaria. Miranda iba con una libreta café por café, dibujaba, se hacía amiga de quienes atendían y preguntaba por las recetas. En los cuadernos, anotaba los detalles de las preparaciones y los trucos de cada barista y pastelera le daban. A veces, pasaba uno o dos días retratando a quienes atendían, mientras dibujaba las barras y los mostradores llenos de postres e imaginaba su propio restaurante con café.

Poco antes de terminar la carrera conoció a una barista bruja que calibraba la máquina de expreso para conocer el futuro. Ella decía que la primera taza del día mostraba el porvenir. Luego, la máquina y el café se ponen caprichosos y mienten, decía. Además, le enseñó a Miranda que no se podía usar cualquier vaso para predecir el futuro. Pues, había mugs traidores y pocillos que cargaban muchas dudas. Para calibrar y hacer brujería, ella tenía una vieja taza que le había dado su abuela. Una especie de reliquia familiar que cargaba a todos lados.

El último semestre, mientras Miranda terminaba los estudios y montaba el proyecto de un restaurante como trabajo de grado, su amiga la contrató. Solo medio tiempo, para que

estuviera cerca de las cocinas, tuviera un espacio que le sirviera para trabajar y estudiar, y pudiera conversar las ideas que tenía. Poco antes del grado, la amiga sacó la taza y le dijo:

—Vamos a ver qué te espera.

El café estaba solo. Las dos calibraron la máquina y tomaron el expreso en calma. Luego, se quedaron viendo el cuncho.

—Qué curioso, veo un ave que huye. Pero, no parece un ave. Tú, ¿qué ves?

—Veo una montaña con un gran hueco.

—Entonces, tú también las oyes. Ten cuidado, que las cosas no mienten.

La viejita le quitó la ropa de las manos y la puso en una balanza que estaba junto a la entrada. La aguja se movió encima y abajo de la escala. Variaba entre cinco y catorce libras. La mujer ponía la mano para detenerle el balance de la báscula, que oscilaba en el aire. Pero, no daba ningún peso. Volvía al cero y luego al veinte.

—Tal vez se dañó la báscula —dijo Miranda.

—No hay problema, luego pesamos —respondió al vieja, que pasó la ropa a una cesta.

—¿Y qué le debo?

—Nada todavía. No pudimos pesarla.

—No podría tomarlo gratis.

—No se preocupe. Aquí no sale costoso.

Miranda se quedó en silencio.

—De verdad, no se preocupe. La ropa estará en la noche. Venga a eso de las ocho y la recoge.

Al salir del edificio notó que el jardín tenía varios caminos. Juan le había advertido que la segunda etapa era bastante complicada, pues estaba hecha para una posible guerra, tenía números sin sentido en la puerta de los edificios para confundir a un enemigo y terminaba con varios callejones sin salida. Ella sabía por cual había llegado. Pero, no quería volver por allí, quería explorar. Tengo el día para mí, pensó. Entonces giró a la izquierda y se metió al parque.

El jardín se extendía con pequeñas islas de flores y grandes árboles que cubrían el lugar. Parecía el patio interior de los edificios. Desde allí se podían ver todas las ventanas. Casi nadie tenía cerradas las cortinas y no habían enrejado. Muchas familias almorzaban a esa hora. Algunas personas levantaron la mirada y le sonrieron con la boca llena.

Caminó sin prisa, hasta llegar a un parque con columpios, resbaladera y cancha de fútbol. Allí, un gran grupo de niños jugaba a la pelota. Habían dejado los sacos en los postes de la portería y perseguían el balón.

Miranda se sentó a observarlos. Quince niños tras una pelota. Todos corrían y se empujaban entre risas y groserías. El balón subía y bajaba por la cancha de forma veloz. Pasaba por entre las piernas de los jóvenes, se alejaba hasta la esquina y luego brincaba hasta la portería. Ni siquiera el portero podía detenerlo. El balón iba solo y todos intentaban atraparlo.

Pronto, Miranda se dio cuenta de que no jugaban fútbol. Era un juego de cacería en donde el balón huía como un animal. Como podía, la pelota escapaba de los niños que se abalanzaban e intentaban tomarla con los pies.

—Tal vez si lo rodeamos —proponía alguno.

—Eso ya lo hicimos, tenemos que seguir un plan.

Miranda también se divertía con los movimientos de la pelota. Era bastante ágil y muy veloz.

Cansados, los niños se hicieron en círculo y acercaron las cabezas para crear una nueva estrategia. Susurraban a gritos y de vez en cuando se asomaban a ver el balón. Así, también tomaron aire. Cuando estuvieron listos tres niñas subieron a los árboles del fondo, dos se fueron hasta el otro lado de la cancha y se recostaron en los postes, otros cuatro tomaron las esquinas y los que quedaron en el centro se prepararon para correr.

La pelota estaba ansiosa y rebotaba en el mismo punto en donde estaba

—Yo les digo cuando —dijo el niño que había dado la mayor parte de las instrucciones y corrió hasta donde Miranda.

—El balón es muy terco, vamos a tomarlo por sorpresa. Usted no se puede mover de aquí —le dijo.

—Está bien.

De niña, ella había tenido una bicicleta igual de juguetona que ese balón. Por las tardes, luego del colegio, la montaba. Pero, muchas veces, cuando era hora de subir a la casa y descansar, la bicicleta se quedaba en el parque y seguía jugando sola. Miranda la veía desde la ventana. La bicicleta se movía lento para que nadie la notara. Los pedales avanzaban y le daba vueltas a la misma maceta.

Sus padres no le creían. Decían que era por haber visto la película de los muñecos esos con vida, pero que el mundo no era así. Para quitarle las dudas, organizaron los juguetes de Miranda dentro de la habitación, tomaron una foto y los encerraron. Cuando la polaroid estuvo, volvieron a abrir la habitación y le dijeron:

—Compruébalo tú misma, todo está como hace unos minutos. Las cosas no se mueven.

Era una prueba irrefutable. O por lo menos, eso pensaban. La verdad es que, a los ojos de las personas, las cosas guardaban el lugar y solo cuando están seguras de que no serán notadas, se mueven, se pierden y ejercen su libertad.

En el parque, la bicicleta de Miranda seguía andando sola. Y al asomarse y verla, ella gritaba.

—¡¿La ven?, ¿la ven?!

Pero recibía la respuesta de siempre.

—Debió ser el viento, no más.

Un domingo, la bicicleta desapareció y Miranda la olvidó. Ella había salido a jugar que competía en una gran carrera, se subió y giró entre las macetas una y otra vez. Luego de algunas vueltas, notó que tenía desatado uno de los cordones. Quiso frenar, pero la bicicleta siguió. Miranda intentaba agarrar los cordones, pero temía que la mano fuera a quedar entre la cadena y empezó a llorar.

Entonces, la bicicleta se detuvo. Pero, cuando ella se bajó temblando y se amarró el zapato, la bicicleta se fue. Tal vez, la bicicleta no calculó o tal vez se sintió triste y quiso pedir perdón. Como fuera, empezó a moverse erráticamente, bajó por una rampa y se estrelló contra uno de los vehículos del parqueadero. Dejó la puerta del copiloto abollada y rompió el espejo del lado. Miranda corrió a contarle a sus padres y luego al vecino que

tenía los papeles de propiedad del auto. Todos se sintieron afortunados de que Miranda no estaba en la bicicleta cuando el accidente ocurrió y a la bicicleta no la volvieron a ver.

—¡Ahora! —gritó el niño.

Desde el centro, los niños que estaban listos corrieron hacia la pelota. Dos de ellos iban por la derecha, para cerrar el espacio. El balón rebotó alto y en las esquinas todos se alistaron para tomarlo.

—Va al fondo, cójanlo —seguía ordenando el niño que estaba al lado de Miranda— que se mueva a los árboles.

El balón rebotaba alto y no lograban atraparlo. Mientras caía, los niños imitaban a un bombero que intenta atrapar una persona que se lanza de un segundo piso en llamas. Estiraban las camisetas con las manos, miraban al cielo y calculaban donde caería el balón. Pero, cuando estaba cerca de ellos, soltaban el trampolín improvisado que habían hecho y se resguardaban la cabeza con las manos, asustados de que la pelota los golpeará.

El líder salió a correr y lo intentó. Estiró los brazos y el balón rebotó en él.

—Ya lo tenemos —dijo y corrió siguiéndolo. La pelota, entonces, salió de la cancha hacia los árboles.

—¡Sorpresa! —gritaron las tres niñas que saltaron de una rama.

Una casi lo alcanzó, pero el balón rebotó en el tronco del árbol y voló hasta los pies de Miranda. Todos se quedaron en silencio. La pelota ya no se movía y los niños le hacían la señal de silencio con el dedo sobre la boca. Ella estiró la mano y el balón se ladeó. Miró a los niños y se encogió de hombros. El estratega señalaba el balón y le sonreía. Las niñas le hacían mímicas para que lo tomara rápido, abrazaban el aire forma veloz como si fueran ladronas que raponeaban un bolso y salían a correr.

Miranda sostuvo el aire. Miró el balón y mandó las manos lo más rápido que pudo. Todos celebraron. Gritaban y saltaban. ¡Lo logramos!, ¡Lo logramos!, repetían. La bola se sentía suave. Algo húmeda por el pasto. Bastante desgastada. Con el cuero salido y caucho asomado cerca de la válvula. Miranda también se alegró.

—Bravo, qué buen plan.

—¡Gracias, señora! —le gritaron.

Una de las niñas se acercó y Miranda le entregó el balón. La niña rio, lo lanzó al aire y volvieron a empezar.

En la noche, Miranda volvió a la casa de los viejitos para recoger la ropa. Las cuerdas estaban vacías y la pareja cenaba tranquilamente en la mesa del comedor. Al entrar, le ofrecieron comida y le pidieron que los acompañara. Ella respondió que no tenía mucho tiempo y que mejor otro día.

—Un té —insistieron ellos y le sirvieron una taza caliente.

—¿Qué le pareció el barrio? —le preguntó la mujer.

—Me ha gustado mucho. Lástima las rejas.

—Sí, antes era más abierto y en la fuente se reunían muchas personas. Igual, nos alegra que haya venido. Ahora solo lavamos la ropa del edificio. Casi nadie pasa. Prefieren mandar las prendas a una lavandería, dejarlas corriendo y salir.

Miranda les sonrió. El viejo permanecía en silencio. Mascaba una arepa gruesa, rellena de aguacate y vegetales, y sonreía.

—Y ¿por qué se mudó?

—Tuve la oportunidad. La verdad, quería independizarme desde hace mucho.

—Justo el jean nos decía eso.

—¿El pantalón les dijo eso?

—Es muy viejo. Casi no se le quita el polvo de la bota. Parece de alguien que busca independizarse.

Miranda los miró con incredulidad. Ambos le devolvían la mirada tranquilos. El viejo se carcajeó y tosió como si fuera hubiera contado una gran broma. Caminó hasta la máquina de coser y desdobló el delantal que Miranda más usaba. Había remendado las mangas y ajustado un par de botones.

—No tenían por qué repararlo, qué pena con usted.

—No fue molestia.

—¿Y cuánto les debo?

—Hoy es gratis. De bienvenida —dijo la vieja— ya le traigo la bolsa.

—No puedo aceptarlo —replicó Miranda—, tenga treinta mil.

—No, después nos paga. Proméтанos que vuelve.

—Por favor, tómelos. Los dejaré en la mesa.

—No, es gratis. Insistimos. La próxima traiga un postre.

Miranda volvió a lanzar una mirada de incredulidad. ¿Acaso sabían que cocinaba? ¿Podían saber todo de una persona por la ropa o era que las prendas sí tenían voz y les decían cosas? En la cocina usaban uniformes genéricos. Con ellos también se podría asear.

—Las manchas de mora del delantal la delataron.

—Ah —dijo y, como el viejo, también rio.

Al irse, sintió que la bolsa estaba más ligera. La próxima vez les traería un pastel.

6

El siguiente fue el último día de trabajo antes de *El Cansancio*. A todos les tomó cuatro horas y media llegar al restaurante y abrieron tarde. Ningún cliente pasó ese día. La página de Internet estaba caída y el teléfono no sonaba. Nadie tomó domicilios o pedidos para llevar. En la avenida, la fila de carros parecía completamente detenida. Los trancones habían crecido de tal manera que muchos conductores habían decidido abandonar los carros en medio de la calle y caminar entre los vehículos. Ya no quedaba por dónde andar y los helicópteros de los noticiarios mostraban como se habían congelado las avenidas principales. Era tal la situación, que las autoridades anunciaron durante las noticias del medio día que en los próximos días se reunirían los encargados de movilidad de la ciudad para proponer soluciones. Allí mismo entrevistaron expertos que proponían incautar y desmantelar los vehículos abandonados y multar a los dueños por obstrucción de vías públicas; una extensión del pico y placa que durara días enteros; y hasta la prohibición del uso de vehículos privados. De haber sabido lo que pasaría, no se habrían esforzado ni habrían dado soluciones. En cambio, se hubieran reído. Pero, muy pocos previeron la huida de las cosas. Casi nadie notó el zumbido ansioso de los electrodomésticos, la vibración nerviosa de los muebles o la molestia de los objetos al ser tocados.

Miranda dio varias vueltas por la cocina, hizo aseo general con ayuda de un compañero y, desde la ventana, observó el trancón. Las llantas de los carros rodaban milimétricamente. Los pasajeros dormían en los asientos traseros o recostados contra las ventanas de los buses. Quienes conducían tenían gestos de derrota, cruzaban los brazos sobre el volante y se recostaban en él. Y entre los autos pasaban hileras de trabajadores apurados, con trajes azul oscuro y corbatas que se iban soltando.

En el restaurante prepararon una gran cazuela de frijoles y sacaron las mesas al andén. Ya no va a llegar nadie, dijo un mesero. Mejor comamos afuera. Sacaron los platos e hicieron bastante jugo. La comida abundaba y todos intercambiaban historias sobre los barrios y lo que estaba sucediendo. El mesero más joven estaba especialmente conmocionado con un vecino, ya viejo, que había enrejado las ventanas en el doceavo piso del edificio en donde vivía. Hacía una semana había llegado una grúa y había puesto las

rejas allí. Él podía entender la seguridad en los pisos más bajos, la paranoia había llevado a que hasta los cuartos pisos tuvieran barras en la ventana. Pero, ¿quién va a entrar a un piso doce?

Todos se rieron.

—El viejo debe tener una fortuna.

—Ese es el problema, debe ya casi dos años de administración. La pensión no le alcanza ni para mercado. También debe fiado en las tiendas. El viejo está jodido.

—Por eso. No es que no tenga dinero, es que lo esconde en el colchón. ¿O cómo pagó las rejas?

—Ni idea. Solo sé que él dijo que le habían robado unas pinturas y al día siguiente ya tenía a los obreros enrejando las ventanas.

En la mesa, todos tenían historias parecidas. Vecinos paranoicos y robos imposibles.

—Deben querer engañar a los aseguradores. Yo tengo una vecina que jura que le robaron las joyas, pero nadie se las vio puestas nunca. ¿Para qué guardar algo así?

Miranda, por su parte, comentó que ya no se veían casi personas en el barrio y contó la historia de los viejos lavaderos que había conocido el día anterior, con la báscula rota y el hombre que remendaba pantalones mientras miraba por la ventana. Sin embargo, decidió dejar de lado el juego a la pelota y los niños que la cazaban. Pues, sabía cómo reaccionarían sus compañeros. Además, no estaba segura de haberlo visto o soñado mientras observaba.

Hablaron y comieron hasta el atardecer. Cuando acabaron los frijoles y el jugo, sacaron cervezas de la nevera y brindaron.

—Por los negocios sin clientes —dijo la cajera.

—¡Por los negocios sin clientes! —respondieron todos. Se rieron y luego guardaron silencio.

—Ojalá no siga así —dijo el mesero joven—. Yo tengo varias deudas que pagar.

A las seis, metieron la mesa y volvieron a asear las sillas en que se habían sentado. No tenían más que hacer y esperaban que pronto se terminara el turno. Miranda preparó café y dio de baja la torta que tenían en el mostrador mientras los ayudantes de cocina terminaban de lavar los platos. Repartió la comida y cada quien se lo comió en una esquina. Ya todos estaban cansados. Luego, pasó por las tazas y las volteó todas contra un individual.

—¿Quién quiere que le lea el futuro? Lo aprendí mientras estudiaba.

Varios se burlaron, pero al final se acercaron con interés. El cuncho y la borra del café dejaban manchas en el individual de papel.

—Yo lo limpio después —dijo Miranda.

Esperaron un par de minutos y luego voltearon los pocillos. Todos mostraron la misma marca de café seco. En el fondo de las tazas, se hacía un gran círculo lleno de manchas borrosas que parecían lava. Al borde de los pocillos, ondas de café que simulaban humo. Y, cerca de las ondulaciones, una serie de puntos y chulitos iguales a una parvada. Era un volcán con una fumarola de aves.

—Qué extraño —dijo el mesero asombrado—. Y ¿qué quiere decir?

—Es algo así como una huida. Un cambio grande que nos espera. Pero no es solitario. Sino en bandada, en conjunto. Podría ser un cambio de trabajo o algo así. La apertura de otra sede o la reubicación del restaurante, un cambio de mentalidad, no sé bien, pero será para todos.

—Pues si el local repite un día como este, seguro nos tocará —se burló el segundo mesero.

Luego lavaron las tazas, pusieron las mesas en el sitio, activaron la alarma, ayudaron a Miranda a la poner la reja y el seguro, y regresaron a casa. Ese día les tocó caminar.

A las cinco y cuarto de la mañana siguiente llegaron varias notas de voz al chat del trabajo. La jefa lloraba y les pedía que se tomaran el día libre, pues los habían robado. Ni las sillas dejaron, decía con la respiración cortada. La voz subía y bajaba de tono. No hay nada que hacer, pero esto no se queda así, decía. Al final de la nota, explicaba que las cámaras habían sido apagadas y que la policía iría a interrogarlos en el transcurso de la semana.

En la siguiente nota de voz, aún lloraba y decía que no sabía en quién confiar, que todos eran unos traidores y que la envidia del éxito era lo peor. Luego preguntaba quién había cerrado, si había puesto bien la alarma y si había puesto el candado como ella les había enseñado. Pues, según se veía, no habían forzado ninguna puerta.

—Saben que la ciudad está insegura, que están robando locales. Es más, que ya robaron a varios vecinos y con todo eso, no siguen los protocolos de seguridad. ¿Es que son idiotas?

Nadie sabía qué responder en el chat. Todos escribían que lo sentían y que colaborarían en lo que fuera necesario, pero que el día anterior habían cerrado y puesto la alarma. Lo recordaban claramente. Entre todos habían corrido la reja, dejado el candado asegurado y se habían acompañado en su marcha a las casas.

Quince minutos después, llegó otra nota de voz. Ya sin llanto ni titubeos en la voz, la jefa les contaba que estaba camino a la aseguradora, que no se preocuparan, pues los sueños no podían morir así, que compraría lo que hiciera falta y que encontraría al o a la responsable. Si era necesario, contrataría nuevo personal. Pero, el restaurante no se acabaría, pues lo había levantado con el sudor de su frente y el dinero que desde pequeña trabajó tan duro.

Miranda se asomó y vio todas las ventanas del edificio de al frente. Estaban enrejadas y con las cortinas cerradas. A lo lejos se escuchaba un trancón. El ruido de los pitos y los motores, ocultaban a trino de las aves. O tal vez ya no había. Los postes estaban empapelados con fotos de animales perdidos y teléfonos a los que llamar. Buscó las llaves del local en el bolso, temiendo haberlas perdido en el camino. Vacío la cartera y los bolsillos de la chaqueta que se puso el día anterior. Junto a las llaves cayeron un par de cubiertos del restaurante. Tal vez los guardé por accidente, pensó, luego de terminar de leer las tazas de café y salir agotada. Corrió todo de la cama y tomó una foto de las llaves sobre el cubrelecho. *Aquí tengo las llaves, no me las robaron. Todos cerramos juntos.* Puso en el chat. Luego envió la foto. Ya nadie más respondió y ella se volvió a dormir.

En la despensa del apartamento se escondía la vajilla del restaurante. Miranda se preparaba el almuerzo cuando los vio. Las ollas, varios platos y los pocillos todavía con la marca de un volcán de café en el fondo hacían una gran pila sobre los platos que ella había traído de donde sus padres y los platos de Juan.

Quedó petrificada. ¿Cómo había llegado eso allí? ¿se los habría robado sin recordarlo? ¿Se había convertido en una cleptómana? Pero, la maleta estaba ligera, habría sentido el peso de la vajilla en su larga caminata. Además, los platos de Juan debían estar guardados

en una caja, ¿qué hacían allí? Tal vez mi madre los sacó del fondo del cuarto de ropa y los volvió a poner en los cajones de la cocina, especuló. Pero, ¿el resto?, ¿los platos del trabajo? Si los policías llegaban ese día a preguntar por el restaurante la arrestarían. ¿Qué podría decir? ¿Cómo podría explicarlo?

Hizo una gran pila de platos en el piso de la cocina y caminó por el apartamento mientras pensaba qué hacer. Se le ocurrió tomar una foto y decir que estaban con ella. Pero no podría dar razón sobre el porqué y la jefa mandaría a las autoridades. Le tocaría mentir, decir que se adelantó al robo y se llevó la vajilla con ella para que nadie se la pudiera robar. Era demasiado evidente la mentira. Tal vez romperlos y botarlos a la basura. Pero, hasta por la basura podrían trazar las pistas a devuelta al apartamento. Tendría que encontrar la manera de devolverlos sin despertar sospechas. Por ahora, lo mejor sería esconderlos. Volver a meterlos al fondo del cuarto de ropas. Meter todo allí. Así, los levantó y se los llevó a la habitación de al lado. El cuarto de ropas estaba casi vacío. Ni siquiera estaba la lavadora.

Mierda, aquí también se metieron a robar. Seguro llevan días sacando cosas mientras yo estoy trabajando. Eso me pasa por no cambiar las guardas, pensó. Era de las pocas personas que todavía tenía las ventanas sin enjear. Debí parecer una ilusa, se dijo. Es como si hubiera colgado una pancarta que dijera RÓBENME y hubiera dejado la puerta abierta. Seguro los mismos que en la noche habían dejado los platos se habían llevado los recuerdos de Juan. Era un complot para incriminarla.

La mente se le aceleró. Intentó llamar a su madre, pero el celular volvió a sonar cerca. Tal vez su madre había sacado todo en las constantes limpiezas y lo había ordenado por la casa. La biblioteca tenía libros que ella no reconocía y en la pared estaba el retrato que ella misma había guardado al arreglar la casa con sus amigos.

Todo empezó a darle vueltas. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Lo tomó lento. De afuera, llegaba el ensordecedor sonido de la construcción y la remodelación perpetua.

Volvió la cuarto de ropas y no vio la loza.

—¿Quién anda aquí? —gritó sin obtener respuesta. Tendría que llamar a la policía. Pero, ¿le creerían? No había señales de ladrones. Además, tendría que decir que le habían

robado los platos del restaurante que había sido robado esa misma madrugada. A lo mejor, la desaparición de los objetos podría ser un milagro, una salvación.

Miró por la ventana. La calle seguía vacía. Buscó entre los sofás, bajo la cama, en las gavetas. No había señal de ellos. Movi6 materas y cojines, revolcó la ropa y las cobijas pero no volvieron a aparecer.

El celular sonó una vez más. La jefa ya no escribía por el chat grupal. En cambio, se dirigió directamente a Miranda.

—Sé que fuiste tú. Te vas a hundir. Voy a denunciarte y vas a pasar el resto de la vida en prisión.

Mareada, Miranda se sentó en el sofá. No respondió. Sentía que el piso vibraba y las paredes empezaban a moverse. El mueble también tenía una extraña vibración. Bajo las piernas, sentía como se mecía lentamente de izquierda a derecha. Ancló los pies al piso y clavó las manos a los cojines.

—¡Alto! —empezó a gritar—. ¡Deténganse!

El sofá no hizo caso, y aumentó su movimiento como un temblor. Pero las lámparas y los bombillos permanecían quietos, no sonaba ninguna alarma de emergencia afuera y, salvo por el sonido de la construcción, todo permanecía en silencio.

Miranda cerró los ojos. Debía estar soñando. Debía ser una pesadilla. La vajilla del restaurante, la desaparición de los objetos del cuarto de ropa y el movimiento del sofá era un sueño. Debía estar estresada por los robos, sintiéndose culpable por el mal cierre del restaurante y agobiada por el enrejamiento.

Se levantó y volvió a gritar.

—¡Alto!

Pero, el sofá siguió moviéndose. Empezó a saltar y golpeó la pared con tal fuerza que el polvillo blanco de la pintura se desprendió y cayó sobre el tapiz.

—Entonces, así será.

De debajo de la cama, sacó un martillo y varios clavos.

—Te voy a dejar quieto yo misma. A ti y a todo en esta casa.

Miranda ya no permitiría que los objetos se movieran. Tomó la base del sofá y empezó a clavarlo al piso. Cuando terminó la primera pata, el martillo se hizo más pesado y las puntillas empezaron a esquivar los martillazos.

—Así que ustedes también. ¿Qué van a hacer, escaparse con la vajilla o rebelarse como el sofá?

Mandó el martillo contra la base del mueble y el golpe se desvió hacia la mano que sostenía el clavo. Ella la quitó y tiró el martillo al suelo.

—Pedazo de mierda. ¿Qué les hice yo?

El martillo se arrastró con vida propia y los clavos rodaron por el suelo. Entonces, el ruido de construcción se convirtió en un claro martilleo comunal. No era el enrejado de una ventana o el cambio de lozas en un baño. Eran muebles que clavaban al piso y puertas siendo tapiadas. Ningún vecino había dicho nada, para no parecer loco. Pero todas las personas luchaban contra los objetos de las casas. Construían cárceles y forzaban la estaticidad.

Miranda siguió al martillo y vio como era tragado por el escusado para escapar por las tuberías del edificio.

—¿Y qué?, llamaré por otro. Encerraré todo.

Desde el celular, llamó a la ferretería y pidió una caja con cien clavos y un martillo nuevo. Nada más se iría. Mientras esperaba el tono, daba vueltas por las habitaciones y vigilaba que nada más se moviera. En todo el edificio se escuchaba la misma pelea.

—Tiene suerte —le dijo la mujer que la atendió al teléfono—. Solo nos quedan dos cajas de clavos y nos vuelven a surtir hasta el martes. En diez minutos se los lleva el chico de los domicilios. Serían setenta mil.

—Perfecto, pero mejor mándeme las dos cajas, ¿sí?

Cuando llegó, Miranda le pasó el dinero por debajo de la puerta, como a los viejitos, le dijo que podía quedarse el cambio y le pidió que dejara las cosas en el tapete.

—Aquí no hay tapete. Pero se lo dejó en la entrada —respondió el domiciliario y se marchó.

Luego de escuchar el ascensor cerrarse. Miranda salió y tomó todo. Objetos nuevos. Un martillo de metal reluciente con mango de caucho amarillo y negro y puntillas chinas de cabeza grande.

El martillo se sentía ligero y clavar las patas del sofá que intentaba moverse le tomó diez minutos. Paranoica, clavó los cuadros atravesando los marcos, las bibliotecas, la mesa y las sillas.

Ya era de noche cuando sacó las tablas de la cama y dejó al colchón atrapado en la base que ya había sido clavada al suelo. Con la madera tapió las ventanas del cuarto de ropa. Allí guardaría a los objetos mientras cuadraba la cita para poner las rejas y cambiaba la cerradura de la puerta.

Cuando terminó de tapiar la ventana, recorrió el apartamento y metió todos los objetos que encontró en ese cuarto. Libros, tazas, materiales de arte, ropa, ceniceros, recuerdos, medicamentos, el televisor, algunos electrodomésticos, toallas, juguetes, implementos de aseo y hasta la comida. Solo dejó por fuera dos cobijas que clavó al suelo, al comienzo de la cama. El suelo de la habitación quedó intransitable. Todo crujía y temblaba. Los rollos de papel de baño intentaban irse, pero ella los detenía y los lanzaba al fondo. En el aire, varios pedazos se partían y caían lento.

—Ya nada más se irá.

Cerró con fuerza la habitación y empezó a ponerle las tapias.

Sonó el timbre y varios golpes en la puerta. Casi había terminado. Debe ser la policía, pensó. Vendrían por el alboroto o para interrogarla sobre el restaurante. Si querían, que quitaran las tapias y ella harían que las volvieran a poner.

—Un momento —gritó mientras clavaba la última tabla a la puerta del cuarto de ropas. El golpeteo en la entrada se hacía más fuerte.

—Un momento —mientras escondía el martillo.

Caminó a la puerta, se asomó por la rendija y vio a Juan.

—¿Tú no estabas en otra ciudad? —le preguntó sin abrirle.

—Me robaron todo. Hasta las gatas —dijo—. Necesito lo que dejé.

Miranda titubeaba si abrirle o dejarlo afuera. Pasó un minuto en silencio y Juan preguntó.

—¿No me vas a dejar entrar?

—Estoy agotada. ¿No te puedo entregar todo mañana?

—No tengo donde quedarme, Miranda. Ni siquiera tengo carro. Me tocó volver en flota. Fue una semana. No te imaginas. Caminé desde la entrada de la ciudad. Yo duermo en un sofá. Déjame entrar.

—Es que todo está desordenado y lleno de polvo.

—No hay problema. Eso no me molesta.

Ya no tenía más excusas. Respiró hondo y le abrió.

—Yo te puedo explicar todo.

Juan se asombró al ver los muebles clavados al piso y la casa vacía.

—¿También te robaron?

—No sé, Juan. Aquí las cosas están muy raras. Tuve que esconder todo en el cuarto de ropas y tapiarlo. Un martillo acaba de escapar.

—¿Escapar?

Entonces, Miranda le contó todo. Le habló del supuesto robo del trabajo, la vajilla que había aparecido en la tarde y luego había desaparecido, el mueble que se negaba a cambiar de lugar, la pelota que se movía sola, las cajas que habían desaparecido, las limpiezas de su madre, el sueño extraño que había tenido apenas se mudó, la premonición del café y la pareja de ancianos que hablaba con la ropa.

—Por eso clave todo. Creo que planean huir —dijo—. El martillo casi me vuela la mano.

Juan guardó silencio. A él le había sucedido algo muy parecido. Esto confirmaba que no estaba loco. O que los dos lo estaban. En el apartamento de la otra ciudad él también había intentado acomodarse. Pero, los objetos no se dejaban mover y regresaban al lugar en donde los había encontrado y en las mañanas aparecía roto lo que él había comprado. Las gatas estaban muy alteradas y rompían todo. Al comienzo, creyó que era el cambio, el nuevo clima y el estrés del abandono. Pues, le tomaba mucho tiempo volver del trabajo y prácticamente vivían solas. Pero, luego todo se hizo invivible. Los sofás no lo dejaban sentarse y los libros ni siquiera se dejaban leer. La noche en que las gatas se marcharon, él también se fue. Había tenido que dejar el carro a medio camino y seguir a pie.

Sin saber qué hacer, ambos se acostaron en la cama y durmieron agotados.

Ambos despertaron en el suelo de la habitación vacía. El gran ruido de cientos de aviones despegando al tiempo los asustó. El cielo se había llenado de luces y ruidos de motor. Muy cerca unos de otros volaban aviones comerciales, de carga y del ejército. Jets privados salían de los hangares y empezaban a volar sin pasajeros ni quien los piloteara. Las torres de control estaban enloquecidas y los radares mostraban cientos de puntos que titilaban al unísono mientras los controladores pedían por las radios, sin obtener respuesta, que despejaran las pistas y dejaran de despegar.

Abajo, en la ciudad, las alarmas de los carros y el sonido de ventanas que se quebraban aumentaban el desconcierto. Había llantos y gritos. Detengan ese carro, Detengan la cama, Cierren las puertas, ¿Dónde está el televisor?, Nos robaron, Ayuda, necesito ayuda.

Juan corrió por el apartamento. No había puertas. Todos los cuartos estaban desocupados. En la pared quedaban las marcas de los clavos que Miranda había puesto la tarde anterior. No había rastro de las tablas o los electrodomésticos, de la ropa o la vajilla y el viento frío entraba por los pasillos vacíos y chocaba con los cuerpos desnudos.

—Miranda, nos robaron todo. No nos dejaron ni la ropa que teníamos.

—No, Juan, mira —le respondió ella, mientras señalaba a la ventana.

De los edificios caían rejas y ventanas seguidas de colchones y colchonetas. Al piso, ya blando, se tiraban televisores, radios, microondas y cafeteras que empezaban a saltar hacia la calle. Las materas caían rápidamente, dejaban la planta que tenían en cualquier jardín y empezaban a rodar.

—Deténganse. ¡Alto! —gritaban las personas.

Había gente que luchaba con el decodificador y lo intentaba volver a meter a la casa jalándolo por el cable. Personas abrazadas a las neveras que avanzaban a pasos lentos y agigantados, niños que agarraban juguetes y los tiraban de nuevo a las habitaciones. Pero, las cosas eran más ágiles y fuertes. Saltaban con gracia y no se dejaban atrapar.

—Policía, ¿dónde está la policía? —gritaba un hombre desesperado que peleaba con la biblioteca—. Llamen al ejército, llamen a alguien, por favor.

Los teléfonos ya se habían ido. Los celulares se habían tirado por los sifones y los timbres sonaban por las tuberías de la ciudad. La ropa volaba y se posaba sobre los techos.

Los zapatos corrían de un lado a otro. De los garajes salían autos, motos y bicicletas. Las personas golpeaban las ventanas e intentaban abrir las puertas. Sin embargo, los vehículos seguían como si nada.

En menos de quince minutos se vaciaron todos los hogares. No quedaba un solo objeto. Hasta los controles de los televisores y las pilas de esos controles se escaparon. Entonces, los colchones se levantaron del suelo y empezaron a marchar.

En las avenidas, los autos volvieron a avanzar. Unos sobre otros, formaron altas columnas que se tambaleaban al avanzar. Por miedo a morir aplastados, nadie las golpeaba. A los lados, las motos las escoltaban. Parecía un acto de acrobacia. Veinte o treinta carros apilados que avanzaban como un edificio con ruedas.

A su alrededor, objetos con más prisa los pasaban. Tostadoras montadas en patinetas. Cuadernos que aleteaban. Cobijas y mantas que bailaban en el aire. Adelante, las sartenes dirigían la marcha. Las cucharas y los palos de escobas golpeaban a las ollas y creaban un tintineo que marcaba el compás de la marcha. El sonido del metal se amplificaba y anunciaba la huida.

En los museos, las alarmas y los switches saltaban de las paredes y seguían a los marcos que se habían cansado de tener el mismo cuadro por años. Las pinturas eran arrastradas por esculturas que las cargaban y se unían a la extraña peregrinación de las cosas. Joyas, relojes y objetos preciosos eran perseguidos por personas que veían el caos como una oportunidad. Los cajeros escupían billetes al aire, que se perdían en el cielo y ya no volvían a caer. Los bolígrafos amarrados a cadenas en los bancos y los recibos en blanco también salieron. Las puertas de todas las edificaciones estaban abiertas y los objetos se fugaban de forma insólita.

Los policías habían sido los primeros en responder e intentaron disparar a los objetos. Sin embargo, las armas se bloquearon y saltaron de las manos. Las botas no los dejaron moverse y junto a ellos pasaron todos los objetos. Todos intentaban estirarse y caían al piso. Entonces, las botas se zafaban y huían velozmente. Se agarraban la ropa, pero esta se retorció y quitaba a la fuerza.

En varias calles, se intentaron hacer cordones humanos. Las personas cruzaban los brazos por los codos y se alargaban para intentar detener la marcha. Los objetos pequeños

los evadían y los grandes eran tan pesados que no los podían retener. Las pesas rodaban y las lavadoras avanzaban meciéndose de un lado a otro para caminar.

Luego de que los aviones ya se fueran y el cielo se llenó de camisas, bufandas, toallas, calzones, sábanas, pantalones, esqueletos, brasieres y bóxers que serpenteaban y zigzagueaban al ritmo de la música que sonaba. Los instrumentos seguían el compás de las cacerolas. Era una melodía dulce que se mezclaba con el tronar de los metales.

Por último, latas de spray y pinturas dejaban un gran grafiti en el borde de la ciudad. En el suelo, como marcando una frontera, pintaron una línea de horizonte desde la cual partían cientos de objetos con alas. El cielo del piso lo hicieron con morados, azules y verdes. Ollas con alas, neveras con alas, libros y televisores con alas, pequeñas canicas, borradores, sillas, pocillos y cobijas con alas. Todo como en una danza lejana que se iba.

Las personas que pudieron, siguieron los objetos hasta el borde de la ciudad. Con los pies llenos de sangre y heridas en el cuerpo se detuvieron. Algunas personas intentaron correr pero las piernas cedieron. Los objetos se habían ido y dejaron la ciudad vacía.